

*Prolongatio vitae*: prácticas alquímicas, remedios secretos y promesas de salud en la España Moderna<sup>1</sup>

por

Mar Rey Bueno

I. *Presentación.*

6 de abril de 1598: el Real Tribunal del Protomedicato concede licencia a Alessandro Quintilio, ciudadano romano, para fabricar y vender en exclusiva un remedio medicinal por él ideado. Bajo el sonoro título de *polvos blancos solutivos de la quintaesencia del oro*, la invención de Quintilio resultaba ser uno de tantos productos que, elaborados por procedimientos *chímicos*, decían ser efectivos contra todo tipo de enfermedades. La licencia será ratificada nueve años después, cuando Felipe III le conceda facultad para vender su producto, en exclusiva, durante un periodo de dos años.

14 de febrero de 1680: Juan Francisco Larrimpe, médico graduado en la Universidad de Valencia y catedrático de prima de la Universidad y Colegio Mayor de Sancti Spiritus de Oñate, firma la última de las quince aprobaciones que avalan el *Discurso sobre los polvos universales purgantes* (Bayona, 1680), obra del navarro Matías de Beinza. La primera, fechada un año antes, procedía del Colegio y Cofradía de San Cosme y San Damián, institución encargada de velar por la correcta práctica sanitaria en el Reino de Navarra. El escrito de Beinza defendía el uso de los llamados *polvos de la quinta esencia del sol químico*, medicamento elaborado por procedimientos

---

<sup>1</sup> Este trabajo tiene su origen en la conferencia que presenté, en noviembre de 2005, en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, dentro de las actividades celebradas con motivo de la exposición *Alquimia: Ciencia y Pensamiento a través de los libros* (7 de noviembre de 2005 a 15 de febrero de 2006), comisariada por Miguel López Pérez. La idea original era publicar las diversas conferencias allí pronunciadas en un libro que, bajo el título *Solve et Coagula. Los escenarios de la alquimia (1450-1750)*, iba a ser editado por el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Labor que, finalmente, no se llevó a cabo. Escrito hace ya ocho años, he decidido mantener el ritmo discursivo planteado entonces, aunque he de manifestar que, de haberlo escrito ahora, la estructura habría sido distinta. Sin embargo, he considerado oportuno no introducir cambio alguno, a fin de mantener el testimonio de lo que entonces pensaba y comprarlo con futuras aportaciones, signo inequívoco de la evolución que siempre se produce en toda labor investigadora.

*chímicos* y que había logrado amplia aceptación entre los profesionales del arte de curar que ejercían en Navarra y el País Vasco.

Quintilio y Beinza, aunque separados por casi un siglo, pertenecían a una nueva comunidad de experimentadores, nacidos con la Edad Moderna, que buscaban prestigio social y beneficio económico a través de la práctica *chímica*. Dedicados a pregonar las excelencias de sus productos por ferias y mercados, sus clientes pertenecían a los más diversos estratos sociales. En el caso concreto de Quintilio, su público abarcaba el amplio espectro de la sociedad que vivía en el Madrid de comienzos del XVII, capital de un imperio extendido a lo largo y ancho del mundo conocido y lugar de residencia de todo tipo de gentes y nacionalidades. Beinza, por su parte, difundió su invención en una zona muy transitada por comerciantes y viajeros de toda suerte y condición, utilizando vías ancestrales como el Camino de Santiago o ciudades de amplia tradición mercantil, tal es el caso de Bilbao, San Sebastián, Irún y Laredo. Ambos buscaron lugares idóneos para promocionar unos medicamentos de los que se esperaba obtener el máximo lucro y que compartían características comunes: composición desconocida, aprobación institucional y licencia en exclusiva para su fabricación.

Se trata, en definitiva, de dos productos que gozaron de gran popularidad en dos momentos destacados para el desarrollo de la práctica *chímica* en la España de la Edad Moderna. De ahí que los haya escogido para ilustrar el presente estudio, dedicado a analizar la difusión de ancestrales conocimientos alquímicos en la preparación de nuevos medicamentos, destinados a competir con los tradicionales medicamentos galénicos, tan costosos como ineficaces, y que poblaban las boticas desde tiempos inmemoriales. La vinculación alquimia-terapéutica durante la Edad Moderna revitalizó un sector, el destinado al arte de procurar salud, que estaba anquilosado y no ofrecía soluciones convincentes. Asimismo favoreció la experimentación de laboratorio y, a la vez que se buscaban nuevos medicamentos, se encontraron nuevas técnicas y novedosas explicaciones para los procesos que se desarrollaban en alambiques y crisoles. Fomentó, en definitiva, la popularización de una nueva forma de entender la profesión del preparador de medicamentos.

## II. Tema I.

Era romano y tenía muy buenas relaciones. Se desconoce cuando llegó a España y como inició un negocio que, en pocos años, iba a gozar de tan amplia clientela. Lo cierto es que Alessandro Quintilio debía tener un extraordinario don de gentes pues entre sus pacientes encontramos a embajadores genoveses y notarios apostólicos, frailes agustinos y oficiales reales, nigromantes confesos y destiladores regios. De sus cuantiosas curaciones hizo hasta tres relaciones, publicadas en Madrid por el impresor real Luis Sánchez<sup>2</sup>. Según parece, era un experto hacedor de medicamentos *chímicos*<sup>3</sup> aunque el que le dio fama y llenó sus arcas fue el conocido como *polvos blancos solutivos de la quintaesencia del oro*, definidos como "una de las mejores medicinas que se hayan inventado", según el oficial real Sebastián Clemente<sup>4</sup>. Vendidos en papelitos sellados y firmados por el propio Quintilio, con el fin de evitar plagios, se debían disolver en vino blanco de calidad. La mezcla así obtenida se dejaba reposar durante toda una noche para proceder, a la mañana siguiente, a la decantación del vino, dejando en el fondo del vaso los polvos allí depositados. Se facilitaba de esta manera su reutilización, pues tenían poder suficiente como para disolverse hasta tres y cuatro veces en sucesivas dosis de vino blanco. La composición exacta de esta panacea fue un secreto muy bien guardado, que Quintilio reservó a aquellos que habían de procurarle la licencia para su comercialización. El primero y principal, Andrés Zamudio de Alfaro, protomédico de Felipe II y presidente del Real Tribunal del Protomedicato. Según consta en la relación hecha por Quintilio, Alfaro vio y experimentó no sólo los polvos

<sup>2</sup> No he podido encontrar ejemplar alguno de la primera edición. Si se conservan las dos siguientes, publicadas en 1609 y 1616, respectivamente, reseñadas en PÉREZ PASTOR, C. (1906), *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 3 vols. (n. 1066 y 1419). Para el presente estudio he manejado la tercera edición, titulada *Relacion y memoria de los maravillosos efetos y notables provechos que han hecho y hazen los polvos blancos solutivos de la quinta essencia del oro. Que compone y haze Alessandro Quintilio (...)*, Madrid, Luis Sánchez, 1616, en concreto, el ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid [signatura R/10576]. La figura de Quintilio fue rescatada del olvido por Miguel López Pérez, que hizo un detallado estudio del personaje y su obra en su tesis doctoral *Alquimia, terapéutica y sanidad en la España de los Austrias Menores*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, 2001. Parte de los resultados allí descritos fueron publicados en su estudio *Asclepio renovado. Alquimia y medicina en la España Moderna (1500-1700)*, Madrid, Ed. Corona Borealis, 2003, pp. 199-232. Posteriormente, Jose Rodríguez Guerrero sacó a la luz el carácter internacional de la actividad desarrollada por Quintilio en un excelente monográfico publicado en el número 6 de *Azogue* (2008-2009).

<sup>3</sup> Así aparece en la ratificación de la licencia original, cuando se dice que "entre otras cosas curiosas, que con vuestro estudio y trabajo habéis descubierto de secretos medicinales, en mucho beneficio de la república, ha sido una de ellas los polvos purgativos de la quinta esencia del oro" [QUINTILIO (1616), p. 20vº]. Más preciso es el licenciado Andrés de Tamayo, cirujano del Hospital de Corte, que habla de los numerosos remedios *chímicos* elaborados por Quintilio, algunos de ellos tan destacados como el oro potable. QUINTILIO (1616), p. 4.

<sup>4</sup> QUINTILIO (1616), p. 9.

solutivos sino también otras quintaesencias elaboradas por el *chímico* romano, quedando tan satisfecho y confiado en su bondad que le concedió el permiso oficial para elaborar y vender estos productos en exclusiva:

*"Diéronle licencia juntamente el Doctor Andrés Bermejo y Licenciado Rojas, examinadores en la Audiencia del Protomedicato Real de Madrid a 6 de abril de 1598 para poderlos sacar y vender sin poner escrúpulo a qualquiera que los quisiesse"*<sup>5</sup>

Licencia que sería confirmada años después por Gaspar Gómez de Sanabria, sucesor de Alfaro al frente del tribunal sanitario, circunstancia que llevaría a Quintilio a decir

*"es claro dar a entender los mismos Protomédicos que en sus conciencias sienten el gran provecho que hazen estos polvos, no habiendo duda que siendo ministros públicos y tan celantes y cristianos, y tener a cargo la más preciosa cosa que se tiene y puede desear en la vida, que es la salud, cuando conociesen que fuesen malos y dañosos, hubieran castigado a Alessandro y quitadolos de todo punto"*<sup>6</sup>

Con la aprobación oficial de su panacea milagrosa comenzó la situación de privilegio que vivió Quintilio en los siguientes años. Muy bien relacionado con médicos, cirujanos y boticarios reales consiguió introducir el uso de su invención entre cortesanos y aristócratas, criados reales y religiosos madrileños que no dudaban en hacer testimonio público de los poderes salutíferos propios de un remedio tan bien avalado. Sirva como ejemplo la fe firmada y autenticada por escribano de Francisco González de Sepúlveda, médico real y de la Santa Inquisición, quien manifiesta que

*"este medicamento en polvos blancos que ha compuesto Alessandro Quintilio para todos géneros de enfermedades en las cuales sea necesaria evacuación es seguro, provechoso y fácil y sin sospecha: del cual ha usado y visto que otros muchos médicos le han dado y usado con feliz suceso y consejo de médico en todas edades y complexiones"*<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> QUINTILIO (1616), p. 1vº.

<sup>6</sup> QUINTILIO (1616), pp. 2-2vº.

<sup>7</sup> QUINTILIO (1616), p. 3.

Este testimonio, como otros muchos que Quintilio fue acumulando pacientemente a lo largo de los años, constituyeron el núcleo central de las tres relaciones escritas por el *chímico* romano, preocupado por la propaganda continua de su remedio y la glorificación de su persona. En efecto, nuestro protagonista no duda en resaltar aquellas testificaciones que ensalzan el carácter misional de su labor como procurador de salud, tan provechosa para el servicio y bien común. Especialmente interesante, en este sentido, es la declaración de fray Francisco Xara, notario apostólico y confesor de las monjas de San Felipe de la Penitencia, en Valladolid. Habiendo llegado a su noticia los grandes efectos y maravillas casi milagrosas que hacían los polvos de Quintilio en cualquier género de enfermedad quiso hacer experiencia de ellos. Viendo los buenos sucesos obtenidos en su propia persona procedió a experimentar en cuanto enfermo cercano conocía, relatando hasta nueve enfermedades diferentes que logró curar en otros tantos pacientes para acabar concluyendo que

*"viéndose tan público y patente el aprovechamiento a tantas enfermedades, edades y complexiones con felices sucesos, los médicos cargan sus conciencias en no procurar de enterarse de ellos, y que pues son de tanto provecho y obran tan preferentemente, teniendo ellos obligación de justicia y cristiandad de curar con brevedad, y no detener las curas experimentarlos y servirse de ellos, pues de razón todos los médicos antiguos hicieron lo mismo en los demás medicamentos, que después han usado, y no tan generales ni tan operativos y de tantos efectos y tan seguros como este"*<sup>8</sup>

Lo que se guardó muy bien de decir nuestro Alessandro fue que su invención no era tal, pues había llegado a España en calidad de agente comercial de Vitorio Algarotti, médico veronés que se hizo famoso gracias a una panacea a la que denominó *verdadero oro potable o quintaesencia del oro medicinal*, más conocido en farmacopeas posteriores con los nombres de *mercurius vitae*, *polvos de Algaroth* o *floris albi antimonii* y que no era, ni más ni menos, que los *polvos blancos solutivos* de Quintilio. La muerte prematura de su verdadero inventor favoreció la apropiación del secreto por parte del agente, que no dudó en atribuirse el mérito de tan efectivo medicamento,

---

<sup>8</sup> QUINTILIO (1616), p. 7vº.

abriendo a su vez una nueva red de distribución que cubría el reino de Portugal, entonces integrado en la corona hispánica, y los dos virreinos americanos<sup>9</sup>.

La actividad de Quintilio se desarrolla en unos márgenes temporales precisos, los últimos años del siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII, y en un escenario concreto, la corte española de Felipe II y su hijo Felipe III. Tiempo y espacio que resultarán vitales para entender el porqué de la fama y difusión que alcanzó un remedio a simple vista intrascendente. Pese a los esfuerzos dedicados a ensalzar lo novedoso de su descubrimiento, lo cierto es que los polvos de Quintilio eran viejos conocidos para los artífices *chímicos*, pues no era sino oxiclورو de antimonio oculto tras velados y aparatosos nombres. Lo realmente importante del caso aquí estudiado no radica en la novedad del compuesto sino en el hecho de que el Real Tribunal del Protomedicato, máxima instancia sanitaria de la corte de los Austrias, aceptara que un simple agente comercial se transformase en preparador de un medicamento derivado del antimonio, asociado desde décadas antes con la terapia paracélsica tan denostada por el corporativismo médico tradicional<sup>10</sup>. Esta circunstancia sólo puede ser entendida conociendo el ambiente que se vivía en la corte de Felipe II, gran aficionado a las prácticas *chímicas* y que había creado, desde los inicios de su reinado, hasta tres laboratorios de destilación donde trabajaban artífices y operarios venidos de todos sus reinos.

### III. Tema II.

Aranjuez, Madrid y El Escorial fueron las tres residencias reales escogidas por Felipe II para establecer tres impresionantes laboratorios de destilación con sus

---

<sup>9</sup> La relación entre Quintilio y Algarotti ha sido estudiada por Jose RODRÍGUEZ GUERRERO (2008-2009), "La primera gran red comercial de un medicamento chymico: Vitorio Algarotti y su quintaesencia del oro medicinal", *Azogue*, 6, pp. 12-67.

<sup>10</sup> Pese a que Paracelso apenas si da importancia al uso terapéutico del antimonio, serán sus seguidores quienes lo eleven al primer rango de los medicamentos químicos. El uso interno del antimonio vino motivado por sus buenas cualidades expectorantes, eméticas y purgantes; no obstante, se precisaba de una cierta pericia para su elaboración pues se podía confundir fácilmente con el arsénico. De ahí que los propios paracelsistas insistieran en la necesidad de que fuera manipulado por expertos conocedores, con el fin de evitar cualquier tipo de envenenamiento. Convertido en el símbolo de la lucha entre galenistas y paracelsistas, las disputas sobre su uso dieron lugar a lo que se conoce historiográficamente como la guerra del antimonio. CHEVALIER, A. G. (1940), "The Antimony War. A dispute between Montpellier and Paris", *Ciba Symposia*, 2, pp. 418-423.

respectivos jardines botánicos anejos<sup>11</sup>. Flora autóctona y exótica, aguas destiladas y quintaesencias terapéuticas. Binomio perfecto para un monarca fascinado por coleccionar los más diversos secretos medicinales. Porque Felipe II no sólo atesoró Tizianos y Boscós en sus palacios madrileños. Toda una legión de jardineros y destiladores, boticarios y filósofos naturales fue contratada para satisfacer las demandas de un coleccionista empedernido como fue el monarca en cuyos dominios no se ponía el sol. Su deseo por descubrir nuevas medicinas le llevó a organizar magníficas empresas, como la primera expedición científica de la Edad Moderna<sup>12</sup>, a la par que encargaba a sus boticarios personales la búsqueda de recetas desconocidas y medicamentos milagrosos. Fue así como consiguió obtener, por ejemplo, la receta del llamado *Aceite de Aparicio*, uno de los ungüentos más famosos de la España del siglo XVI, inventado por Aparicio de Zubia y cuya fórmula fue desconocida hasta 1567. Extremadamente popular entre médicos y cirujanos, que lo empleaban en la curación de todo tipo de heridas, el secreto de su composición fue desvelado por la viuda de Aparicio a Diego de Burgos, boticario del monarca, un 12 de marzo de 1567. Apenas un año antes, y a instancias del monarca, el boticario Burgos había conseguido la revelación de otro aceite famoso en la España del XVI, el llamado *Aceite de Olmedo*. Las recetas originales de ambos aparecieron publicadas, años después, en la *Chirurgía universal* de Juan Fragoso, uno de los textos más utilizados entre los cirujanos españoles de la época, contribuyendo a su difusión y empleo masivo<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> REY BUENO, M. (2002), *Los señores del fuego. Destiladores y espagíricos en la corte de los Austrias*, Madrid, Ed. Corona Borealis.

<sup>12</sup> Encomendada al médico toledano Francisco Hernández y dedicada al estudio de la materia médica americana, su ejecución se prolongó por espacio de siete años (1570-0577) y se vio frenada por los propios intereses hernandinos, que deseaba pasar a la historia como el nuevo Plinio. Cometió Hernández la imprudencia de no acatar los estrictos deseos del monarca, que sólo deseaba una relación de las virtudes y propiedades medicinales de las hierbas del Nuevo Mundo, osadía que le condenó al ostracismo, una vez regresado a la corte madrileña, y a ver como los materiales por él recopilados eran entregados a un médico simplista napolitano, Nardo Antonio Recchi, para que extractase las plantas medicinales y dejase a un lado el resto de información. En el Archivo General de Indias de Sevilla se conservan numerosas cartas del virrey de Nueva España, Martín Enríquez, avalando el trabajo del protomédico ante las apremiantes solicitudes del monarca filipino, que sólo quería la información para la que había contratado al toledano. La expedición de Francisco Hernández ha sido objeto de numerosos estudios en los últimos años, si bien remito a S. VAREY, R. CHABRÁN & D. B. WEINER (eds.), *Searching for the secrets of nature: the life and works of Dr. Francisco Hernández*, Stanford, Stanford University Press, 2000 por ofrecer una visión que coincide con los planteamientos del presente trabajo.

<sup>13</sup> FRAGOSO, J. (1627), *Chirurgía Universal*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 7ª impresión. La fórmula aparece reproducida en pp. 471-472. Se componía de flor de hipericón, valeriana y cardo santo. El propio Fragoso informa que, en 1595, apareció una receta nueva de este mismo aceite, en la ciudad de Segovia, que se dijo ser la verdadera. Felipe II encargó a su nuevo boticario, Antonio del Espinar, que lo preparase. Se trataba, según comentario de Fragoso, de una receta que se tardaba en hacer varios días y que tenía más componentes que los ofrecidos por la viuda de Aparicio. De cualquier forma, una vez que fue elaborado por Espinar, Felipe II decidió no usar otro en la Real Botica.

La fama de un Felipe II coleccionista de secretos corrió como la pólvora por toda Europa y, al igual que ocurrirá años después en la corte de su sobrino Rodolfo II, la capital de la monarquía hispánica se convirtió en punto de encuentro de toda suerte de artífices deseosos de mostrar sus conocimientos en materia *chímica* y ser merecedores de las mercedes reales. Algunos se limitaron a enviar memoriales donde pregonaban las excelencias de sus conocimientos, a la espera de recibir la ansiada llamada regia, como fray Juan del Pozo, que en 1578 envió una relación al monarca sobre los numerosos secretos que podía realizar para él en exclusiva, entre los que figuraban no pocos remedios medicinales<sup>14</sup>. Otros inventaban pócimas y entregaban sus recetas a los boticarios de Felipe II; es el caso de un tal doctor Pugino, autor del llamado *cocimiento de Pugino*, cuya receta magistral anduvo de mano en mano hasta que Pedro Gutiérrez de Arévalo, boticario madrileño, decidió publicarla en 1634<sup>15</sup>. Hubo quien, pese a su fama, no dudó en probar suerte por el duro camino que suponía la ascensión al favor real. Tal es el caso del boloñés Leonardo Fioravanti, uno de los más destacados profesores de secretos del panorama europeo, con varias obras a sus espaldas, que en 1577 llegó a la villa y corte madrileña con la intención de ofrecer sus servicios al monarca español. Chocó, sin embargo, con Diego Santiago Olivares, protomédico real y férreo opositor de esta nueva clase de terapeutas, a los que consideraba meros charlatanes de feria<sup>16</sup>.

El caso de Fioravanti nos lleva a plantear una nueva cuestión en torno a la pasión alquímica de Felipe II. Mientras que su sobrino Rodolfo II, fiel seguidor de las

<sup>14</sup> Con el título de "*Lo que el padre fray Juan del Pozo ofrece hará en servicio de Su Majestad y lo que para cada cosa es necesario proveer*" comienza una minuciosa lista de actividades entre las que aparece la preparación de oro potable, aceite de azufre simple o compuesto, bálsamo artificial, barniz para avivar colores o aguas de azahar y flor de murta. Además, afirma conocer el secreto para criar gran cantidad de anguilas en cualquier estanque, para cultivar naranjos sin necesidad de cubrirlos para evitar los efectos perniciosos del frío y para encontrar una cueva con gran variedad de piedras que no habían sido vistas por el género humano en los últimos tres siglos. El memorial fue enviado al destilador real Francisco Holbeque, encargado del laboratorio ubicado en Aranjuez, quien no dudó en respaldar la propuesta del fraile. El monarca, sin embargo, decidió no considerarla, anotando a un margen del escrito "*no hay que tratar porque lo tengo por cosa de aire*". Este memorial se encuentra, inédito, en el Archivo General de Simancas (Casa y Sitios Reales, legajo 261, fol. 172). Debo su conocimiento a Miguel López Pérez, que generosamente me lo hizo saber para incluirlo en el presente estudio.

<sup>15</sup> GUTIÉRREZ DE ARÉVALO, P. (1634), *Práctica de boticarios. Guía de enfermeros. Remedios para pobres*, Madrid, María de Quiñones, pp. 100vº-101vº, donde se dice: "*Este cocimiento lo inventó y puso su nombre un Médico desta Arte llamado el doctor Pugino, y esta receta fue la que dio a la Botica de Su Magestad, para que se hiziesse en ella, de cuyo original saqué este traslado (...) y como hasta ahora nadie ha impreso este traslado, anda escrito en cartapacios como receta magistral, de donde viene a estar viciada en muchas partes, y pues la ocasión pide para tratar de cocimientos algo, en ninguno se puede tomar el assunto mas bien que en este, y haré de camino servicio a la República, en que tengan los Boticarios la receta verdadera del cozimiento de Pugino, tan general su uso en esta Corte como en otras partes*".

<sup>16</sup> La figura y obra de Leonardo Fioravanti ha sido estudiada por EAMON, W. (1994), *Science and the Secrets of Nature. Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture*, Princeton, Princeton University Press, pp. 168-193.

querencias de su tío, en cuya corte se educó, buscaba a los más distinguidos alquimistas, astrólogos, nigromantes y filósofos naturales, en un deseo por rodearse de los nombres más prestigiosos, Felipe II siempre contratará los servicios de personajes anónimos, recomendados por personas allegadas. ¿Por qué? Desconocemos la respuesta concreta aunque se pueden aventurar algunas generales. Habitualmente se ha interpretado el secreto que rodeó a esta faceta desconocida del monarca como una forma de salvaguardar su imagen pública de rey prudente y plenamente identificado con el ideal contrarreformista. Sin embargo, si recurrimos a las fuentes documentales que sobre la materia se conservan, veremos que estamos ante una cuestión mucho más sencilla: el monarca sólo ve en estos artífices el instrumento con el que obtener los resultados deseados, de ahí que no buscase a los más afamados sino a los verdaderamente operativos. Felipe II no buscaba notoriedad, su objetivo era la efectividad. Visto desde esta perspectiva, destacan tres nombres por encima de todos los demás: el destilador napolitano Giovanni Vincenzo Forte, el fraile boticario Francisco de Bonilla y el filósofo irlandés Richard Stanihurst. Tres formas diferentes de interpretar la *chímica* y que coincidirán en un mismo escenario, la impresionante mansión de las aguas escurialense.

Giovanni Vincenzo Forte llegó a España en 1579, acompañado por su hijo Valerio, con el encargo preciso de elaborar una quintaesencia *secondo l'ordine de Raymundo Lulio*. Instalados en el laboratorio de destilación anejo al Alcázar Real de Madrid, allí elaboraron aguas y quintaesencias hasta que, en 1585, fue comisionado por el monarca para supervisar el montaje del fastuoso laboratorio recién construido en las dependencias del monasterio de San Lorenzo del Escorial<sup>17</sup>. Fue allí donde comenzó su relación con fray Francisco de Bonilla, jerónimo que regía los destinos de la botica monástica y que, en los años sucesivos, iba a ser determinante en la evolución del laboratorio de destilación. Boticario examinado antes de entrar en la religión, fue elegido para organizar los aposentos destinados a botica y laboratorio<sup>18</sup>. Entre ambos dieron entidad a la llamada *mansión de las aguas*<sup>19</sup>, edificio anejo al monasterio

---

<sup>17</sup> La actividad de los Forte en la corte de Felipe II fue objeto de análisis en REY BUENO (2002), pp. 47-57.

<sup>18</sup> Los datos relativos a Bonilla y su tarea al frente de la botica monástica se encuentran reflejados en el *Libro y memorial de los religiosos hijos profesos de este monasterio de San Lorenzo el Real*, más conocido como *Memorias Sepulcrales*. Para este trabajo he utilizado la copia que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, mss. 13591-13592 (las referencias a Bonilla en ms. 13592, ff. 79-79v°).

<sup>19</sup> Esta denominación se la dio Jehan Lhermite, belga que trabajó como ayuda de cámara de Felipe II durante sus últimos años de vida. Dejó manuscrita una relación de su estancia en la corte española, que no vio la luz hasta finales del siglo XIX, donde se hace una descripción de tallada de esta estancia monástica

escurialense destinado a la elaboración de toda suerte de medicamentos *chímicos*<sup>20</sup>. La impronta napolitana de Forte quedó de manifiesto en la llamada *torre de Matiolo*, emblema por excelencia del laboratorio escurialense, y que tomaba su nombre de una de las torres de destilación descritas por Pietro Andrea Mattioli en sus *Comentarios del Dioscórides*<sup>21</sup>. Ubicada en la planta alta del laboratorio, se trataba de

*"un evaporatorio de ciento veinte alambiques de vidrio, dentro del cuerpo grande con los cuellos de fuego y con sus cabezas con sus largos picos engeridos en los cuellos y en los picos. Los recibidores que en veinticuatro horas dan ciento ochenta libras de agua destilada, que es la gran máquina de Mattiolo, y tiene por de dentro cuatro caños de hierro arrimados al cuerpo, y grueso del cuerpo mayor que sirven de humeros, por donde las aguas no huelan a humo, cabe la caldera debajo cuarenta grandes cántaros de más de arroba de agua y es cebada de cierta fuente que sale de un lado de la pared por un cañón encajado en el dicho cuerpo mayor recibidor de los alambiques"*<sup>22</sup>

y constituía la principal aportación napolitana al universo destilatorio pues, según afirma Mattioli, era el horno usado por venecianos y napolitanos para la extracción de aguas.

Entre los medicamentos *chímicos* elaborados en las dependencias escurialenses destaca el oro potable, una de cuyas muchas recetas fue facilitada a Bonilla por Richard

---

y las personas que trabajaban en ella. LHERMITE, J. (1890-1896), *Le passetemps*, Antwerpen, J. E. Buschmann, 2 vols (la referencia en pp. 71-75).

<sup>20</sup> Estudié la génesis y desarrollo del laboratorio escurialense en REY BUENO (2002), pp. 59-90.

<sup>21</sup> Publicados por vez primera en 1544, los *Comentarios* de Pietro Andrea Mattioli a la *Materia Médica* de Pedacio Dioscórides Anazarbeo fueron objeto de numerosas ediciones y traducciones a lo largo de todo el siglo XVI, siendo la latina de 1565 la que primero incorporaría los grabados diseñados por Giorgio Liberale y Wolfgang Meyerpeck así como el apéndice dedicado a la elaboración de aguas destiladas. PETRI ANDREAE MATTHIOLI (1565), *Commentarii in sex libros Pedacii Dioscoridis Anazarbei de medica materia, iam denuo ab ipso autore recogniti, et locis plus mille aucti. Adiectis magnis, ac novis plantarum, ac animalium iconibus, supra priores editiones longè pluribus, ad vivum delineatis. Accesserunt quoque ad margines Graeci contextus quàm plurimi, ex antiquissimis codicibus desumpti, qui Dioscoridis ipsius depravatam lectionem restitunt. Cum locupletissimis indicibus, tum ad rem herbariam, tum medicamentariam pertinentibus. De ratione distillandi aquas ex omnibus plantis, et quomodo genuini odores in ipsis aquis conservari possint*, Venetiis, Ex officina Valgrisiana.

<sup>22</sup> La descripción pertenece a Juan Alonso de Almela, médico murciano que dejó inédito el más ambicioso de los textos dedicados a El Escorial a lo largo del siglo XVI: *Descripción de la octava maravilla del mundo que es la excelente y santa casa de San Lorenzo el Real, monasterio de frailes jerónimos y colegio de los mismos y seminario de letras humanas y sepultura de reyes y casa de recogimiento y descanso después de los trabajos del gobierno, fabricada por el muy alto y poderoso Rey y Señor nuestro Don Felipe de Austria, segundo de este nombre*. El original, manuscrito fechado en 1594, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 1724) y se publicó por vez primera en 1962: G. DE ANDRÉS, *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid, VI (1).

Stanihurst, artífice irlandés cuya reputación médica era conocida en la corte española desde 1587, fecha en la que Felipe II recibe un informe sobre veintidós curaciones obradas por él entre miembros del ejército español destinados en la ciudad de Dunkerque<sup>23</sup>. Como resultado de su fama fue requerido por el monarca a la corte madrileña, tal y como afirma en su correspondencia con el filósofo, teólogo y filólogo Justus Lipsius<sup>24</sup>. Instalado en el laboratorio escorialense, el monarca le pidió que instruyese a los artífices que allí trabajaban en la preparación de algunos medicamentos químicos. En concreto, Stanihurst declara haber enseñado a Bonilla dos suertes de oro potable que conocía así como la pócima que tan exitosos resultados había tenido en Dunkerque<sup>25</sup>. Según declaración propia, su tarea era considerada "alto secreto", no pudiendo revelar los pormenores de su proyecto a nadie ajeno al trabajo de laboratorio. Circunstancia que confirma la visión filipina de estas actividades *chímicas*: se trata de secretos de estado, labores que contribuirían a mejorar la monarquía y que no debían ser puestas en conocimiento de nadie que no perteneciese al círculo aúlico.

#### IV. Tema III.

Quintilio, Pugino, Fioravanti, Forte. Italianos que influyeron decisivamente en la importación de conocimientos *chímicos* y en el interés creciente por el mundo de los secretos medicinales. Una pasión que no quedará circunscrita al ámbito cortesano ni a la villa y corte madrileña sino que se extenderá por toda la Península gracias a la publicación de los llamados *libros de secretos*, compilaciones de recetas destinadas a un público cada vez mayor y que hicieron furor en toda Europa desde mediados del siglo XVI.

Los primeros ejemplos de este tipo de literatura publicados en castellano corresponden a las traducciones que se hicieron de *I secreti del reverendo donno Alessio*

---

<sup>23</sup> La figura de Stanihurst y su permanencia en la corte española ha sido estudiada en detalle por RODRÍGUEZ GUERRERO, J. y ROJAS GARCÍA, P. (2001), "La *Chymica* de Richard Stanihurst en la corte de Felipe II, *Azogue*, 4 (URL: <http://come.to.azogue>).

<sup>24</sup> LOOMIE, A. J. (1964-1965), "Richard Stanyhurst in Spain: Two Unknown Letters of August 1593", *The Huntington Library Quarterly*, 28, pp. 145-165.

<sup>25</sup> La referencia al oro potable la ofrece Stanihurst en su manuscrito intitulado *El toque de alquimia, en el cual se declaran los verdaderos y falsos efectos del arte, y como se conocerán las falsas prácticas de los engañadores y arañeros vagamundos*. Conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 2058, tomo 5, ff. 248r-257v<sup>o</sup>), se trata de un memorial dedicado a definir la alquimia en su conjunto, con especial énfasis en todo lo relacionado con la transmutación metálica y la fiabilidad de los alquimistas que intentaban este tipo de acciones.

*Piemontese*, primer libro de secretos propiamente dicho, obra que se convirtió en un éxito de ventas a lo largo y ancho de Europa<sup>26</sup>. Se trata de tres ediciones simultáneas aparecidas en 1563 y publicadas en Barcelona<sup>27</sup>, Zaragoza<sup>28</sup> y Alcalá de Henares<sup>29</sup>, respectivamente, utilizando distintas versiones del original italiano<sup>30</sup>. De las tres, sólo la de Zaragoza fue reeditada a lo largo de los siglos XVI y XVII, sirviendo como fuente de conocimiento de los secretos compilados por Piamontese. El traductor, anónimo, no sólo recogió los secretos originales sino que añadió otros extractados de la obra del alquimista italiano Thimoteo Rosello<sup>31</sup>. La obra de Piamontese no fue el único libro de secretos italiano traducido al español. En la British Library londinense se conserva una traducción manuscrita, al parecer datada a finales del siglo XVI, de la *Magia naturalis* de Giambattista della Porta lista para ser impresa pero que, por motivos que desconozco, no llegó a ver la luz<sup>32</sup>.

El interés por este tipo de literatura hizo que también aparecieran aportaciones españolas a la materia. La primera fue la del valenciano Jerónimo Cortés, autor de un *Libro de phisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, publicado por vez primera en 1597 y que sería objeto de numerosas reediciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Dividido en cinco tratados, son especialmente interesantes el segundo y tercero, dedicados a las virtudes medicinales del romero y aguardiente, donde se ofrecen numerosas formas de extraer licores, bálsamos y quintaesencias por procedimientos

<sup>26</sup> Publicados por primera vez en 1555, *I secreti* de Piamontese eran, en realidad, obra de Girolamo Ruscelli (1500-1566), escritor profesional empleado por uno de los más prestigiosos sellos editoriales venecianos, los Valgrisi. Consistían en 350 recetas clasificadas, según su utilidad, en medicinales, domésticas o técnicas. Las primeras reunían prescripciones para todo tipo de enfermedades; las segundas, fórmulas para hacer jabones, perfumes, lociones corporales y líquidos para fumigar ropas y habitaciones; en cuanto a las terceras, incluían descripciones detalladas de variados procesos alquímicos y metalúrgicos. EAMON (1994), pp. 139-167.

<sup>27</sup> *De los secretos de Don Alexio Piamontes. De francés en castellano traduzida*, Barcelona, Claudio Bornat, 1563.

<sup>28</sup> *Libro de los secretos del reverendo Don Alexo Piamontes. Traduzido de lengua italiana en española*, Zaragoza, viuda de Nágera, 1563.

<sup>29</sup> *Seys libros de secretos, llenos de maravillosa diferencia de cosas. Traduzidos de lengua latina en lengua castellana por el licenciado Alonso de Santa Cruz médico. Visto y examinado por los Señores Inquisidores de Barcelona*, Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, 1563.

<sup>30</sup> La edición catalana se hizo a partir de la primera edición francesa de *I secreti*, fechada en 1557; La aragonesa, a partir de la primera edición italiana; la complutense, a partir de la primera edición latina, hecha en 1559 por Johann Jacob Wecker. He realizado un estudio detallado de estas ediciones en M. REY BUENO (2005), "Primeras ediciones castellanas de los Libros de Secretos de Alejo Piamontés", *Pecia Complutense*, 2 (<http://www.ucm.es/BUCEM/foa/pecia>).

<sup>31</sup> ROSSELLO, T. (1538), *Della summa de segreti universali in ogni materia*, Venetia, appresso Giacomo Cornetti.

<sup>32</sup> *Compendio admirable de beintte libros conpuestos por Juan Bautista Puerta, de naziõn napulitano, en que trata especulativamente y con gran realze de la Magica natural*. British Library, Harley 3498.

*chímicos*<sup>33</sup>. Dos años después aparecía el *Libro de experimentos fáciles y verdaderos* (Madrid, 1599), obra del médico turolense Jerónimo Soriano y resultado de tres décadas de ejercicio profesional. Aunque muchas de las recetas presentadas proceden de libros de secretos italianos, Soriano también incorpora sus propias invenciones, tal es el caso de un aceite destilado para parálíticos realizado a partir de más de treinta compuestos vegetales y especias aromáticas tradicionalmente utilizados en la elaboración de bálsamos<sup>34</sup>, así como las que habían llegado a su conocimiento por contacto con otros aficionados a estas cuestiones<sup>35</sup>. Todos estos secretos, propios y ajenos, se los comunicaba al boticario Juan Dojo, que era el encargado de elaborar las recetas que él prescribía<sup>36</sup>. La tercera aportación española a la literatura de secretos vería la luz en 1617, cuando se publica el *Llibre dels secrets de agricultura, casa rustica y pastoril*, popularmente conocido como el *Libro del Prior* pues su autor, Miquel Agustí, fue prior de la Orden de San Juan de Jerusalén en Perpiñán. Traducido cinco años después al castellano, fue objeto de numerosas ediciones en los doscientos años siguientes. Dividido en cinco libros, el tercero dedica seis de sus catorce capítulos al arte destilatoria, muy útil, según el autor, para agricultores y hombres de campo. Según aclara Agustín al comienzo de su *Discurso breve de la destilación de las aguas*, los padres de familia deben conocer los rudimentos básicos de esta técnica pues, aunque no sean filósofos ni alquimistas, deben servirse de ella para elaborar los medicamentos básicos en cualquier casa. Es más, el ejercicio de la destilación debe estar encomendada a las madres de familia:

*"así para socorrer a todos los de su familia como también para socorrer a todos sus vecinos en las enfermedades, del modo y manera que vemos ser cosa y usanza*

<sup>33</sup> Cortés figura como típico autor del siglo XVI cuyas obras se dirigen a los artesanos, mercaderes, agricultores y, en general, lectores con un mínimo de cultura que deseasen o necesitasen ciertos conocimientos útiles para su vida doméstica y profesional. Su obra más conocida es el *Lunario perpetuo* (Valencia, Juan Crisóstomo Gárriz, 1594), reeditada hasta nuestros días y que gozó de un extraordinario éxito popular. Tras la publicación de su libro de secretos escribió una *Arithmetica práctica* (Valencia, Juan Crisóstomo Gárriz, 1604) dirigida a tratantes y mercaderes y un *Libro y tratado de los animales terrestres y volátiles* (Valencia, Juan Crisóstomo Gárriz, 1613), dedicado a la descripción de animales maravillosos y seres extraños y curiosos. PICATOSTE RODRÍGUEZ, F. (1891), *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI*, Madrid, pp. 57-61.

<sup>34</sup> *Libro de experimentos fáciles y verdaderos, recopilados de gravísimos autores por el doctor Geronimo Soriano, médico y ciudadano de la ciudad de Teruel, del Reyno de Aragón*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1624, pp. 11-13vº.

<sup>35</sup> Tratando de un remedio útil para el bazo, comenta: *"Llegó a mi noticia, visitando un caballero valenciano que se decía don Serafín Centellas, que entramos en plática de cosas, y me vino a dezir este secreto, y que un gravíssimo y excelentíssimo médico italiano se lo había aconsejado y le había sucedido muy bien"*. SORIANO (1624), p. 46.

<sup>36</sup> SORIANO (1624), p. 2.

*caritativa de algunos señores, que destilan aguas y otros licores, que son eficaces remedios para valer y ayudar a los pobres*<sup>37</sup>

Pese a que Agustín presenta su obra como propia, la realidad es que se trata de una copia casi literal de *L'agriculture et maison rustique* (París, 1570) del médico francés Charles Estienne y su yerno el espagirista Jean Lièbaut. Aún así, representa un magnífico ejemplo de cómo se difundieron las prácticas destilatorias entre un amplio sector de la población española del siglo XVII y cómo llegó al conocimiento popular pues en las páginas se pueden encontrar hasta seis grabados de hornos destilatorios.

La proliferación de este tipo de literatura se vio facilitada por la legión de seguidores que vieron en ella una forma de acceder a conocimientos que, hasta entonces, sólo circulaban en medios académicos. Característica fundamental de estos apasionados por el mundo de los secretos es la compilación de sus datos en forma manuscrita, a modo de cuadernos de campo donde anotaban las recetas que más les interesaban, generalmente extractadas de autores varios, aunque también hay constancia del intercambio epistolar de secretos ideados por los propios aficionados. Sirva como ejemplo Juan Vázquez de Mármol, religioso que formó parte de la corte de Felipe III hasta que, en 1606, fue enviado por el rey a Granada, con la merced de capellán general de aquella ciudad. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manuscrito de su propiedad, recopilación de papeles varios de su autoría, donde comenta su afición por ver, curiosear y leer en los libros, no en vano su oficio era "*Corrector General de los libros por Su Majestad, que fueron más de treinta y tres años y así de algunos he dado noticia en el Santo Oficio y de otros en el Consejo Real*"<sup>38</sup>. Entre los escritos por él compilados se encuentra un *Recetario sacado de D. Alejo Piemontes y de otros autores y de otras muchas recetas que me han dado*<sup>39</sup> que, como el propio nombre indica, consiste mayoritariamente en secretos sacados de Piemontese junto a los cuales incorpora recetas que le iban comentando amigos y conocidos. Así, incluye una receta contra vómitos, cámaras y malas ganas de comer, hecha con membrillos, clavos de especia, canela, almáciga y hierbabuena que, según anota,

---

<sup>37</sup> AGUSTÍN, M. (1722), *Libro de los secretos de agricultura, casa de campo y pastoril*, Barcelona, en la Imprenta de Juan Piferrer, p 241.

<sup>38</sup> *Papeles varios, escritos y recopilados por Juan Vázquez de Mármol*. BN, ms. 9226.

<sup>39</sup> BN, ms. 9226, ff. 145-225.

*"envió al maestro Juan López Serrano el licenciado Gabriel de Vega, diciendo que la dio a su padre un médico de Su Majestad estando en Toledo y que es milagroso remedio. Ha visto personas casi muertas dello resucitadas. Escribólo de Cogollos, lugar junto a Granada, a 23 de febrero de 1600 años. Ver la carta del maestro Serrano con que me la envió"*<sup>40</sup>

Testimonio que evidencia la habitual circulación de este tipo de conocimientos manuscritos. Saberes que se consideraban fundamentales pues tenían a sus espaldas el peso de la experiencia y constituían la fuente de información básica para todos aquellos empíricos que se dedicaban al arte de curar sin haber pasado por las aulas universitarias. Así lo afirma Bernardo de Cienfuegos, médico complutense y destacado naturalista que dejó manuscrita una monumental *Historia de las plantas*, primer intento de hacer una flora nacional conjugando los conocimientos que tenía sobre materia médica, historia natural y espagiria<sup>41</sup>. Él mismo se declara propietario de un ejemplar original de mano de su autor, el colegial boloñés Espino de Vergara, discípulo de Giovanni Battista Zapata y Girolamo Cardano, destacados *secretistas*, siguiendo la terminología empleada por Cienfuegos para referirse a los profesores de secretos italianos<sup>42</sup>. Porque italianos son los creadores de esta literatura y los principales difusores de este tipo de recetarios, que se presentan a sí mismos como indagadores de la naturaleza y que no dudan en desplazarse a provincias exóticas y reinos remotos a fin de encontrar los más recónditos secretos e incorporarlos en sus libros. Así sucede con el aceite de hipericón, presente en todos los libros de secretos italianos y que no eran otra cosa que el ya mencionado aceite de Aparicio, muy utilizado por los cirujanos del reino de Castilla<sup>43</sup>. O con el

<sup>40</sup> BN, ms. 9226, fol. 207.

<sup>41</sup> Se trata de siete volúmenes en folio, manuscritos e inéditos, conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid. Escritos a lo largo de un lustro, constituyen una fuente de primera mano sobre la actividad médica y farmacéutica en la España de principios del seiscientos. BN, mss. 3357-3363.

<sup>42</sup> El manuscrito referido lleva por título *Maravillosos secretos de medicina y cirugía del excelente médico el doctor Espino Vergara, colegial de Bolonia, comunicados con mi maestro Hieronymo Cardano con otros secretos añadidos y recogidos de sus discípulos. Juntados por mi el dicho doctor Espino Vergara y dedicados al señor Juan Bautista Zapata mi maestro* (BN, ms. 3358, ff. 644-645). No he podido hallar referencia alguna a este texto ni a su autor. Si quiero resaltar que el título resulta muy similar a otros dos libros vinculados a Giovanni Battista Zapata: *Li meravigliosi secreti di Medicina e Chirurgia: nuovamente ritrovati per guarire ogni sorte d'infirmità. Raccolti dalla pratica dell'eccellente medico M. Gio. Battista Zapata, da Gioseppe Scientia chirurgico, suo discepolo*, Torino, appresso gli heredi del Bevilacque, 1581 y *Maravigliosi secreti di Medicina e Chirurgia dell'eccellente medico Gio. Battista Zapata nuovamente ritrovati con l'aggiunta d'altri secreti, raccolti dalli suoi discepoli*, Roma, Tito e Paolo Diani, 1586.

<sup>43</sup> Mencionado por Cienfuegos, para quien la asociación libros de secretos-autores italianos es algo evidente: *"Casi todos los autores Italianos que han escrito Receptarios o libros de secretos han puesto receptas deste aceite"* (BN, ms. 3359, fol. 6v<sup>o</sup>).

acuerdo establecido entre un canónigo de la catedral de Orihuela y los todopoderosos Negrone, familia patricia de la República de Génova, relativo a una serie de secretos alquímicos propiedad del canónigo y que fueron vendidos, en exclusiva, a los genoveses<sup>44</sup>.

#### V. Tema IV.

El ambiente creado en el entorno filipino facilitó, como hemos visto, la concentración de practicantes e interesados en el arte *chímica*, circunstancia que perdurará durante el reinado de su hijo y heredero Felipe III, si bien este monarca no manifiesta el mismo interés que su antecesor por contratar artífices diestros en la elaboración de medicamentos químicos. De hecho, en los primeros años de su reinado se dedicará a reestructurar los laboratorios de destilación heredados de su padre, reduciéndolos a uno solo, el establecido en el palacio de Aranjuez, donde centralizará toda la producción de aguas destiladas destinadas al uso cortesano<sup>45</sup>. De cualquier forma, la semilla ya estaba sembrada. Durante las primeras décadas del siglo XVII se observará un interesante flujo de conocimientos *chímicos* entre diversos personajes residentes en la villa y corte madrileña, hasta el punto de conocerse la existencia de dos tertulias dedicadas al estudio de la *chímica*.

La primera de ellas se reunía, desde finales del siglo XVI, en la casa del alemán Giraldo París y congregaba a un variopinto grupo de lapidarios, boticarios, destiladores y presbíteros españoles, flamencos, alemanes e italianos. Tan selecta tertulia disertaba sobre los más variados aspectos *chímicos*: preparación de quintaesencias y destilados, comentario de las últimas novedades bibliográficas o debates sobre la estructura de la naturaleza eran algunas de las cuestiones puestas sobre el tapete. La segunda reunión tenía como anfitrión a Diego Alonso de Medrano, destacado astrólogo que trabajaba para el duque del Infantado y que tenía entre sus principales contertulios a Valerio Forte, hijo de Giovanni Vincenzo Forte y nombrado por Felipe III como destilador

---

<sup>44</sup> Consistía dicho acuerdo en la fijación del mercurio en la copela, la multiplicación del salitre y el aumento del pan con arroz a partir del uso de la semilla de dragontea (*Dracunculus vulgaris*). Firmado el acuerdo por una cantidad elevada de dinero, los mercaderes genoveses no faltaron en el pago ni un solo año, señal de que algo debían recibir del canónigo. Una vez muerto éste, quedó heredera la catedral de Orihuela, si bien nunca llegó a cobrar cantidad alguna. Pese a interponer una demanda hubo de reconocer la evidencia: el canónigo se había llevado consigo el secreto a la tumba: "*en sus descargos confesaron que el secreto era cierto pero difícil de ejecutar por ser causa de ser la planta rara*". La noticia la ofrece Cienfuegos (BN, ms. 3358, ff. 1086-1087).

<sup>45</sup> REY BUENO (2002), pp. 125-130.

mayor de su corte<sup>46</sup>. Medrano será uno de los testigos que acrediten la fiabilidad y buenos efectos de los polvos de Quintilio. El romano, por su parte, vanagloriará los poderes salutíferos de un medicamento ideado por Valerio Forte, que recibía el pomposo nombre de *agua de la quintaesencia del excelentísimo señor duque de Lerma* y que era

*"una de las cosas más exquisitas que en la filosofía y especulación de las cosas naturales y en el componimiento de las químicas y de la distilación se hayan inventado y reducido a su perfección"*<sup>47</sup>

No es la única referencia a las buenas artes destilatorias de Valerio. En la traducción castellana que Cristóbal Suárez de Figueroa hace de *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*<sup>48</sup>, dice de él

*"Entre los destiladores de Madrid, tienen particular nombre de hábiles y curiosos Valerio Forte y Antonio de Espinosa, que suele poner su mesa al pie de la torre de Santa Cruz"*<sup>49</sup>

En efecto, la corte madrileña había visto nacer una nueva profesión, la del destilador de aguas, que fabricaba toda suerte de bebidas refrescantes y las vendía en puestecillos callejeros desde primeras horas de la mañana hasta la caída del sol. Competía por la clientela con el aguardentero, vendedor del aguardiente que formaba parte del desayuno cotidiano y cuyo uso se generalizó en las últimas décadas del siglo XVI. Destiladores y aguardenteros utilizaban una misma técnica, la destilatoria, propia de la alquimia y que, a lo largo de la Edad Moderna, evolucionó hacia la preparación de medicamentos y la elaboración de bebidas. Aguardientes y aguas destiladas, inicialmente productos medicinales, salieron de las boticas para diseminarse por calles y mercados, transformando las costumbres alimenticias de la población y generando toda una

<sup>46</sup> REY BUENO, M. (2004), "Juntas de herbolarios y tertulias espagíricas: el círculo cortesano de Diego de Cortavila (1597-1657)", *Dynamis*, 24, pp. 243-267.

<sup>47</sup> QUINTILIO (1616), p. 17vº. Forte fue uno de los pocos que conocían la composición exacta del medicamento de Quintilio, a la vez que fue testigo del uso que de ellos hicieron destacados médicos cortesanos. Puede que, incluso, actuase como valedor del romano ante las instancias regias.

<sup>48</sup> GARZONI, T. (1585), *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*, Venetia, G. B. Somarco.

<sup>49</sup> SUÁREZ DE FIGUEROA, C. (1615), *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, Madrid, Luis Sánchez, p. 211vº.

normativa destinada a regular su correcto uso y preparación<sup>50</sup>. Desde 1612 puede hablarse de un emergente comercio destilatorio en Madrid. Las primeras aguas autorizadas fueron las de canela, a las que siguieron las de hinojo, romero, jazmín, guindas y limón. Pese al carácter claramente refrescante de las diversas aguas destiladas vendidas por calles y plazas, no se podía olvidar su origen medicinal, característica que era aprovechada por sus fabricantes como reclamo publicitario y para que las autoridades sanitarias las mirasen con buenos ojos. Esa fue la premisa empleada por Sebastián Rugero, destilador italiano que había comenzado su trayectoria profesional como ayudante de Valerio Forte y que, en 1635, obtuvo licencia de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte para vender unas famosas aguas destiladas de su invención, denominadas *Rubí* y *Mistela*, famosas por curar el garrotillo y las ventosidades y mal de estómago, respectivamente<sup>51</sup>.

#### VI. Tema V.

Secretistas, destiladores o aguardenteros fueron algunos de los que popularizaron las prácticas *chímicas* vinculadas a la preparación de elixires y quintaesencias si bien la destilación siguió siendo, pese a todo, una técnica vinculada a los boticarios y al arte de curar. El XVII será, en este sentido, un siglo fértil en tratados y farmacopeas mestizas, mezcla de galénica y espagárica, disciplinas ambas en las que debía ser experto todo sanador que se preciase de perfecto en su arte. Así lo manifiesta el ya aludido Mattioli en su epístola a Andreas von Blawen, médico del emperador Fernando I, cuando dice "*neminem Medicum absolutum esse posse, imo ne mediocre quidem, qui in hac nobilissima destillando scientia non sit exexercitatus*"<sup>52</sup>, una de cuyas primeras menciones aparece en el *Toque de Alquimia* de Stanihurst<sup>53</sup> y que, a lo largo de todo el siglo XVII, parece convertirse en el santo y seña de los *chímicos* españoles.

<sup>50</sup> Ante el uso masivo de aguardiente como bebida el protomédico real Andrés Zamudio de Alfaro, el mismo que había aprobado la venta y distribución de los polvos de Quintilio, estableció las condiciones precisas para elaborar un aguardiente apto para su consumo interno, que debía ser preparado a partir de vino de buena calidad y destilado en baño María. La norma oficial, pregonada en Madrid el 3 de junio de 1599, hizo que todo el negocio aguardentero pasase a manos de expertos capaces de cumplir la ley, al poseer el instrumental necesario. El primero que obtuvo la licencia para destilar según la nueva normativa fue Francisco de Coca, boticario de Valdemoro, que en 1612 ya tenía seis puestos de ventas en los lugares más estratégicos de la villa y corte. REY BUENO (2002), pp. 111-115.

<sup>51</sup> REY BUENO (2002), pp. 153-167.

<sup>52</sup> MATTIOLI, P. A. (1564), *Epistolarum medicinalium libri quinque*, Lugduni, apud Caesarem Farinam, p. 529.

<sup>53</sup> "*Y para provar aquesta mi asercion [los efectos notables de los remedios obtenidos por destilación] no quiero usar al presente de otro testimonio que el de*

Boticarios seculares como Jerónimo de la Fuente Piérola<sup>54</sup>, Félix Palacios<sup>55</sup> o Pedro de Viñaburu<sup>56</sup>; boticarios benedictinos como Esteban Villa<sup>57</sup> o Esteban Núñez<sup>58</sup>; médicos como Bernardo Cienfuegos o Francisco Suárez de Ribera<sup>59</sup>; religiosos como Juan de Vidós<sup>60</sup> o Diego de Bercebal<sup>61</sup>. Todos ellos participaron en el establecimiento de una nueva disciplina, la *chymica*, entendiéndola por disciplina "el estado de un saber cuyos discursos están suficientemente estructurados y con un interés bien reconocido por una sociedad como para que sus enseñanzas puedan ser organizadas públicamente por individuos que han convertido la enseñanza de esta especialidad en su profesión",

Andrés Mathiolo, como testigo (valiéndome del término de los abogados) omni exceptione maior. Este autor ha sido uno de los más famosos médicos que ha vivido en nuestro tiempo, digo en la misma escuela de Galeno, Hipócrates y Avicena, y siendo médico de esta profesión no se puede pensar que haya escrito las palabras que alego con pasión. Así mismo ha echo una declaración sobre Dioscórides con muy esquisitos comentarios que los sabios estiman en mucho. Sus palabras son estas, en cierta epístola que escribió a Andrés de Blaffjen, médico de Fernando, Archiduque de Austria.

[Al margen: Math(iolo) Lib(ri) Epistol(arum) Medicinalium. pag(ina) sig(nata) in edit(io) Lugdunum, anno 1564. In nobilissima distilandi sciencia] *Puedo con verdad testificar que ningún médico se puede ni debe estimar por absoluto ni perfecto y, aun digo más, que no ha de recibir por mediano médico el que no fuere práctico en la muy noble ciencia de la destilación. Y aunque los efectos de la destilación se pueden ver en otras enfermedades, principalmente son claros en las que llaman morbi chionici, en las cuales toda la sangre del cuerpo humano se corrompe por todas las venas, como si estuviesen atapadas con rayces y simientes, de donde proceden otras muchas enfermedades, mas no se puede disminuir ni curar sino con remedios sacados de los metales.*

*Estas son las palabras a la letra de Mathiolo, las cuales desseo que considerasen con diligencia los médicos que no solamente ignoran la destilación que este famoso médico, tanto encarece, mas son contrarios y repugnan a la extracción de los metales que tanto alaba el dicho Mathiolo".* BN, ms. 2058, ff. 250-250vº.

<sup>54</sup> *Tyrocinio pharmacopoeo, methodo médico y chymico*, Madrid, Antonio Zafra, 1660.

<sup>55</sup> *Palestra farmacéutica, chymico-galénica*, Madrid, Juan García Infanzón, 1706.

<sup>56</sup> *Cartilla farmacéutica, chymico-galénica, en la qual se trata de las diez consideraciones de los Cánones de Mesué y algunas definiciones químicas, para utilidad de la juventud*, Pamplona, Joseph Joachim Martínez, 1729.

<sup>57</sup> Boticario benedictino de la botica del Hospital de San Juan de Burgos, Villa figura entre los principales autores farmacéuticos del siglo XVII. Son muchas las referencias a prácticas *chímicas* dispersas a lo largo de sus cinco obras, publicadas todas ellas por el impresor burgalés Pedro Gómez de Valdivielso: *Examen de Boticarios* (Burgos, 1632); *Ramillete de plantas* (Burgos, 1636); *Libro de los simples incógnitos en la medicina* (Burgos, 1643); *Libro de la vida de los doce príncipes de la medicina* (Burgos, 1647) y *Segunda parte de los simples incógnitos en la medicina* (Burgos, 1654). He realizado un estudio al respecto, M. REY BUENO (2004), De exámenes, ramilletes y simples incógnitos: la obra farmacéutica de fray Esteban Villa en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, *Documentos de trabajo de la Biblioteca Histórica de la UCM*, 5 ([http://www.ucm.es/BUCM/foa/documentos\\_trabajo.htm](http://www.ucm.es/BUCM/foa/documentos_trabajo.htm)).

<sup>58</sup> *Miropolio general y racional de botica*, Burgos, 1680. El original manuscrito, inconcluso, se conserva en el Archivo Municipal de Burgos y fue publicado en 2003 por el Colegio Oficial de Farmacéuticos de Burgos, con un estudio introductorio de Miguel López Pérez y Mar Rey Bueno.

<sup>59</sup> *Medicina ilustrada, chymica observada o theatros pharmacológicos, médico-prácticos, chymico-galénicos*, Madrid, Francisco del Hierro, 2 vols., 1725.

<sup>60</sup> *Medicina y cirugía racional y espagórica, sin obra de fuego ni hierro, purificada con el fuego de la caridad en el crisol de la razón y experiencia para alivio de los enfermos*, Zaragoza, Gaspar Tomás Martínez, 1691.

<sup>61</sup> *Recetario medicinal espagórico*, Zaragoza, Diego de Larrumbe, 1713.

según palabras de Bernard Joly<sup>62</sup>. Con sus escritos pretendieron difundir los conocimientos que, relativos a prácticas *chymicas* vinculadas con la preparación de medicamentos, se habían ido acumulando tras siglos de trabajo frente a hornos y alambiques. Aunque todos incorporaron a sus recetarios espagíricos las fórmulas que consideraron más eficaces, invención de otros tantos experimentadores, siempre mostraron especial querencia por alguno de ellos en concreto. Así, Johann Daniel Mylius será el autor de cabecera de Bernardo Cienfuegos<sup>63</sup> mientras que Joseph Du Chesne lo será de Esteban Núñez<sup>64</sup>, por mencionar sólo dos ejemplos significativos.

El uso de estos recetarios, tanto nacionales como internacionales, hizo de los boticarios españoles unos perfectos experimentadores de laboratorio a la par que provocó buen número de polémicas, promovidas por diferentes puntos de vista respecto a un mismo producto y las distintas formas de prepararlo. Es el caso de la que podría denominarse *polémica del láudano opiato*, suscitada a raíz de una visita de boticas en la villa y corte madrileña. El encargado de realizarla fue, según estipulaban las ordenanzas del Protomedicato, Diego Martínez Pedernoso, boticario mayor de Carlos II entre 1671 y 1689<sup>65</sup>. En una de las boticas visitadas, Pedernoso encontró un láudano opiato mal elaborado y, en lugar de llevarlo ante el Tribunal del Protomedicato, decidió escribir al

<sup>62</sup> JOLY, B (1998), "El desarrollo de los cursos de química en la Francia del siglo XVII", en: PATRICIA ACEVES (ed.), *Construyendo las ciencias químicas y biológicas*, México, UNAM, pp. 45-65 (la cita en p. 46).

<sup>63</sup> "Juan Daniel Millio que recopiló todos los autores antiguos y modernos hace un volumen mediano de preparaciones, extractos, quintas esencias, y modos de tomar el éleboro negro, que se podrán ver en sus obras. Y muchas más en Quercetano, Theophrasto Paracelso, Hyeronimo Rubeo, Heurnio y en la Basílica de Crollo y Evónimo, y generalmente en todos los espagíricos". BN, ms. 3359, ff. 330-330v°. Johann Daniel Mylius [1585-1628], médico personal de Moritz de Hessen-Kassel, estuvo profundamente interesado en la medicina química, trabajando como instructor de cursos informales de la misma disciplina en la universidad luterana de Giessen, de donde se trasladó a Kassel, tras acceder al círculo cortesano de Moritz, en calidad de preparador de medicinas químicas y para ayudar a analizar y refinar los procesos alquímicos. La obra utilizada por Cienfuegos es *Opus medico-chymicum* (Frankfurt, Lucas Jenis, 1618), extenso trabajo en tres volúmenes dedicado a la medicina, la alquimia y la filosofía hermética. Para más información sobre este autor y su obra, consultar B. T. MORAN (1991), *The Alchemical World of the German Court. Occult Philosophy and Chemical Medicine in the Circle of Moritz of Hessen*, Stuttgart, pp. 111-114.

<sup>64</sup> Aunque son muchos los autores espagíricos mencionados por fray Esteban, algunas aparecen citados una y otra vez. Tal es el caso de Du Chesne (c. 1544-1609), más conocido por Quercetano, protagonista de los encendidos debates entre paracelsismo y galenismo en el París de la primera década del siglo XVII. El trabajo más famoso de Quercetano, relativo a la preparación de medicinas *chímicas*, es la *Pharmacopea Dogmaticorum Restituta pretiosis selectisque hermeticorum floribus abunde illustrata* (Parisiis, apud Claudium Morellum, 1607), con veinticinco ediciones en la primera mitad del siglo XVII. Aunque ideológicamente quedó enmarcado entre los químicos paracelsistas, dedicando gran parte de su vida a la recopilación y publicación de recetas químicas medicinales, siempre manifestó que su intención era sólo enriquecer los remedios tradicionales con algunos ornamentos químicos y espagíricos que había encontrado útiles. Sobre Quercetano remito a A. G. DEBUS (1977), *The Chemical Philosophy: Paracelsian Science and Medicine in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, New York, 2 vols.

<sup>65</sup> Archivo General de Palacio, Expedientes Personales 644/39.

boticario amonestado remitiéndole a Quercetano para una correcta preparación del medicamento en cuestión<sup>66</sup>. El boticario se lo tomó como una cuestión de honor y elaboró un escrito ofensivo contra Pedernoso<sup>67</sup>. Los opúsculos producidos en la corte madrileña movieron a Gervasio Barrionuevo, boticario de Toledo, a disertar sobre la mejor forma de elaborar este extracto, circunstancia que nos permite conocer buena parte de los conocimientos químicos de este boticario y sus lecturas específicas en la materia, hechos ambos que podrían extrapolarse al resto de la profesión<sup>68</sup>. La receta que Barrionuevo ofrece sobre la correcta preparación del láudano opiato es, sencillamente, magistral, demostrativa de sus muchos conocimientos en materia *chímica*. Pero no se limita el boticario toledano al tema del láudano opiato sino que, tal y como promete en el título de su opúsculo, ofrece la receta del *maná solutivo*, otro de los muchos medicamentos *chímicos* secretos de invención italiana y que circularon por toda Europa durante los siglos XVI y XVII<sup>69</sup>.

## VII. Tema VI.

<sup>66</sup> El láudano opiato es un extracto de opio que podía hacerse con agua llovediza destilada, vinagre destilado o espíritu de vino. La receta ofrecida por Quercetano, y recomendada por Pedernoso, era la siguiente: "*Tómase el extracto de opio, y el de azafrán, hechos según acabamos de decir, se echan en un vaso de vidrio y se ponen al calor lento del baño de arena húmedo, para que se reblandezcan y unan, y en estando casi fríos se le mezclara los magisterios de las perlas, jacintos, corales, la tierra sellada, los polvos de la piedra bezoar, los de unicornio, mixtos todos antes con el ámbar gris, y en estando hecha la unión de todos los simples se hará rótulas o se echará en un vaso de vidrio, se tapará bien y se guardará para el uso*". Reproducida en PALACIOS (1706), pp. 407-408.

<sup>67</sup> Ninguno de ambos escritos, el de Pedernoso y el del boticario, se conservan. Tenemos conocimiento del suceso a través de un opúsculo anónimo titulado *Discurso que prueba, que el mejor menstro para la extracción del opio, de la descripción de Iosepho Quercetano, para su láudano opiato, es el vinagre destilado o zumo de limón o de cidra & c. Que saca a la luz un profesor del Arte Pharmacéutico*, Madrid, Imprenta Real (el ejemplar que he manejado es el conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, sig. VE/82-20).

<sup>68</sup> En cuanto a sus conocimientos químicos, Barrionuevo señala que lleva quince años practicando la química. Diserta sobre los mejores menstros utilizados en la extracción del opio (vinagre, zumo de limón o *acqua vitae*), decantándose por el espíritu de vino, clara indicación del carácter alquímico farmacológico que imprime a su labor de boticario. Para ello, toma como maestro a Lulio, tema que desarrolla a lo largo de varias páginas, para concluir: "*Diránme como Raymundo con confesar esa verdad toma para todas sus operaciones, así químicas como alquimia, la quinta esencia del vino, y no otra? A esto respondo que cada uno tomó para sí lo más apropiado a su intento, o según las cualidades que desea conseguir*". G. BARRIONUEVO (1684), *Tratado sobre el láudano opiato de Iosepho Quercetano y su Elixir apropiado; con el secreto del maná solutivo*, Toledo, Agustín de Salas Zaço, p. 4v°. Explicando cuáles son las técnicas destilatorias y las prácticas de laboratorio más apropiadas, Barrionuevo ofrece un sumario detallado de sus lecturas específicas en la materia, destacando a Philip von Ulstadt y el extremeño Diego de Santiago, que parecen ser sus libros de cabecera en materia destilatoria.

<sup>69</sup> Invención de Antonino Polizzi, médico del Tribunal de la Inquisición de Sicilia, en enero de 1595 recibió licencia de los protomédicos siciliano y napolitano para vender su remedio prodigioso en ambos reinos. Bajo el nombre de *quinta essentia manae*, el medicamento de Polizzi se distribuyó siguiendo el sistema ya descrito para los polvos de Quintilio. Debo estas noticias a José Rodríguez Guerrero, que hace un estudio más detallado de este remedio secreto en RODRÍGUEZ GUERRERO (2006).

Aunque disputados por mecenas y poderosos, lo cierto es que la difusión de remedios secretos elaborados por prácticas *chímicas* tuvo un eminente carácter popular. Así lo manifiesta Juan de Vidós, quien especifica que la mayoría de los remedios medicinales incorporados en su *Farmacopea racional y espagírica* van recomendados a

*"los pobres, los cuales, cargados de miserias y pobreza, no pueden llevar el gasto tan grande que se les ofrece en remedios tan costosos como usa la Medicina Galénica"*

De la misma opinión era Juan Fragoso, para quien el aceite de Aparicio

*"es un remedio manual y fácil (...) según la experiencia de los caminantes y muchedumbre de guerras, donde no puede haber tantos medicamentos cuantos sería menester faltando este aceite"*<sup>70</sup>

Y fue precisamente ese público el destinatario de los muchos libros de medicina popular que se publicaron a lo largo de toda la Edad Moderna, farmacopeas domésticas que, desde principios del siglo XVI, comenzaron a escribirse y editarse en las diferentes lenguas vernáculas europeas con la intención *caritativa* de enseñar a los menos favorecidos de la sociedad a elaborar toda suerte de medicamentos baratos con los que curar sus dolencias. Algunos de los primeros ejemplos proceden de Alemania<sup>71</sup>; en Francia fue particularmente notable *Le mèdecin charitable* de Philbert Guybert, publicado en numerosas ocasiones a partir de su primera edición en 1624, con la aprobación de la Facultad de Medicina parisina, y que pretendía atacar a los boticarios y sus complicadas composiciones<sup>72</sup>, tarea similar a la planteada por Gideon Harvey, médico del rey Carlos II, que publicó en 1676 un manual intitulado *The Family*

<sup>70</sup> FRAGOSO (1627), p. 346.

<sup>71</sup> Tal es el caso del escrito de Walther Hermann RYFF (1544), *Confect büchlin und hauss apoteck*, Frankfort, C. Egenolff o de la obra de Arnold WEICKARD (1628), *Pharmacia domestica, das ist: Hauss Apoteck... nicht allein auss dess... Hern Reicharden... Manuel Artzneybuch sondern auch andern*, Frankfort, E. Kempffer for T. Schönwetter.

<sup>72</sup> *Le mèdecin charitable, enseignant la manière de faire et préparer, en la maison... les remèdes propres à toutes maladies, augmentè de nouveau de plusieurs remèdes tant pour les pauvres; ensemble un estat des ustencilles et médicamens tan simples que composez, que l'on doit avoir chez soy tant aux champs qu'à la ville* (Anvers, J. Milet, 1624). El éxito de esta primera obra hizo que Guybert escribiera, un año después, *L'Apothicaire du Médecin charitable, enseignant à faire en la maison les médicaments composés avec grande facilitè, peu de frais et peu de temps* (París, D. Langlois, 1625), editándose ambas conjuntas en *Les Oeuvres charitables de Philbert Guybert... savoir: le Mèdecin charitable, le Prix et valeur des médicamens, l'Apothicaire charitable, la maniere d'embaumer les corps morts, et les Tromperies du bézoard découverts* (París, J. Jost, 1629).

*Physician, and the House Apothecary* (London, printed for T. R.) para ayudar al público a evitar las tarifas extravagantes de los boticarios.

La influencia de la obra de Guybert fue tan grande que incluso llegó hasta España. En 1634 se publicó una crítica por parte del boticario madrileño Pedro Gutiérrez de Arévalo<sup>73</sup> quien, además, aprovechó la oportunidad para ofrecer algunas recetas desconocidas hasta ese momento, remedios que circulaban entre sanadores de la corte pero que nunca habían sido publicadas, tal es el caso del ya mencionado cocimiento de Pugino o de la confección de jacintos napolitana, cuya receta se trajo desde Nápoles para uso del monarca Felipe II. Medio siglo después sería Felipe Borbón, bachiller en medicina y cirugía por la universidad de Huesca y maestro cirujano por la de Zaragoza, el encargado de ofrecer la versión española del popular tratado francés<sup>74</sup>. En las aprobaciones de la obra, el jesuita Orencio Ardanuy, catedrático de prima de Teología en el Colegio de la Compañía de Jesús de Zaragoza y calificador del Santo Oficio, felicita el trabajo de Borbón pues procura poner al alcance de la mano del enfermo:

*"el alivio conducido de la facilidad, oportunidad y frecuencia de tantos medicamentos que con afán discurrió la industria y con aciertos aprueba la experiencia"*

Por su parte, Nicolás Moneva, catedrático de vísperas en la universidad de Zaragoza y maestro del autor, redonda en ese carácter asistencial y provechoso para las clases menos pudientes, destacando la caridad con que Borbón ha recopilado tantos remedios secretos para beneficio de los pobres, actitud que asimila al pueblo aragonés, donde ya resplandeció, desde finales del siglo XVI, en figuras como la de Jerónimo Soriano o Jerónimo Uguet<sup>75</sup>.

Borbón manifiesta haber escrito su obra en tan sólo dos meses, texto en el cual

---

<sup>73</sup> GUTIÉRREZ DE ARÉVALO (1634) aclara en la introducción que escribió su tratado en contra de una obra publicada en francés por un tal *Médico Caritativo*, donde se desacreditaba a los médicos españoles, sintiéndose llamado a defender *"la parte que me toca de la medicina práctica que es la farmacéutica, dejando la diethética y quirúrgica para otros que con más delgada pluma, más copioso estilo corrigan la ignorancia, castiguen el atrevimiento de un hombre osado"* (p. 10).

<sup>74</sup> *Medicina doméstica, necesaria a los pobres y familiar a los ricos. Transcrita del médico caritativo con algunos remedios de otros autores. Con escolios en las materias y afectos que se tratan, así quirúrgicos como médicos*, Zaragoza, Domingo Gascón, Impresor del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1686.

<sup>75</sup> Se trata de Jerónimo Uguet de Resayre, colegial del Colegio Real de Médicos de la ciudad de Zaragoza y catedrático de su universidad, autor de un *Tratado de las cosas no naturales y facultad purgativa que se halla en la semilla de los Yezgos* (Zaragoza, Diego de la Torre, 1630) donde defiende que el mejor purgante existente para los habitantes del reino de Aragón es la semilla de los yezgos.

*"Descubro la mina de los secretos que con vanidad divulga por propios, los cuales tendrás en esta traducción que te manifiesto, antes que vean la luz por otra estampa, y también registro con caritativo celo la administración de ellos"*

recalcando, una vez más, el público al que va dirigido su escrito

*"en él [el titulado Dispensatorio medicinal de pobres de El Médico Caritativo] no se demuestran los costosos modos de componer y fabricar los medicamentos; porque sólo nuestra atención se dirige a instruir los Pobres en la composición fácil de aquellos medicamentos, que sin expensas pueden por sí preparar para alivio de sus dolencias"<sup>76</sup>*

Sus remedios para pobres se pueden elaborar tanto galénica como espagíricamente pues, como bien manifiesta

*"no soy de la opinión de aquellos que con tenaz pasión son enemigos de la Química y práctica suya, condenando todas las operaciones de esta Arte, ni de los que son tan idólatras que reprehenden todos los remedios Galenistas, sino que ambas opiniones abrazo, confesando que unos y otros remedios son de muy buen efecto, en especial los químicos, si están preparados y trabajados con perfección [...] Estos medicamentos a los Galénicos exceden en virtud, pues vemos frecuentísimamente que las enfermedades ceden a los medicamentos químicos con brevedad [...] son también más gratos al gusto y a la pobreza más acomodados por su menor coste"<sup>77</sup>*

De ahí que promueva el aprendizaje de las prácticas químicas mediante la enseñanza de un "Método fácil para sacar el espíritu, el aceite, la sal, la tintura y el extremo fijo de las raíces, madera, granos, simientes, hojas y flores por Arte Química" pues

*"siendo el fin principal mío el indagar remedios para los pobres, sólo enumeraré los que con facilidad pueden hallarse en nuestro país, para que prevenido el alivio del*

---

<sup>76</sup> BORBÓN (1686), p. 1.

<sup>77</sup> BORBÓN (1686), pp. 11-12.

*gasto, a que se suponen imposibilitados, puedan gozar de aquel bien que la omnipotencia incluyó en las plantas y la Química se las manifiesta*"<sup>78</sup>

Tres son los maestros que enseñaron prácticas destilatorias a Borbón, las mismas prácticas que él se encarga de difundir entre sus pacientes pobres: los médicos alemanes Johann Jacob Wecker (1528-1586) y Johann Zwelfer (1618-1668), autores de sendas farmacopeas espagíricas<sup>79</sup>, y el fraile dominico fra Donato D'Eremita di Rocca d'Evandro, boticario del convento napolitano de S. Caterina a Formello y autor de un tratado sobre el *elixir vitae* de gran difusión en la Italia del XVII<sup>80</sup>.

Los remedios propuestos en estas farmacopeas domésticas cubrían un amplio espectro de enfermedades, frente a otras obras en las que tan sólo se hacía referencia a una dolencia específica. Es el caso de la peste, mal endémico de la Europa medieval y moderna que, cada cierto tiempo, aparecía en un determinado punto de la geografía desde el cual extendía su mortífero radio de acción. Cualquier remedio valía si conseguía frenar el avance de la enfermedad: primero los profilácticos o preventivos, de tipo galénico y mágico; cuando fallaban éstos y comenzaban a aparecer las bubas se pasaba a los efectivos destinados a fortalecer el corazón, mediante remedios cordiales, y a eliminar el veneno, mediante cauterios y flebotomías. Desde la temible Peste Negra de 1348, los remedios *chymicos* ocuparán un lugar destacado en el amplio arsenal de medicinas antipestíferas. Junto a remedios tradicionales como la tríaca, las piedras

<sup>78</sup> BORBÓN (1686), pp. 31-37.

<sup>79</sup> Wecker escribió un *Antidotarium speciale et generale... nunc primum... congestum*, Basileae, per E. Episcopium et Nicolai fr. Haeredes, 1581-1585, de gran influencia en toda Europa y muy citado por médicos y boticarios españoles del siglo XVII. Zwelfer fue el encargado de incorporar los medicamentos químicos a las dos farmacopeas más destacadas de la Alemania del XVII: la *Augustana* y la *Regia*, encargadas ambas de fusionar los medicamentos galénicos con los espagíricos. La primera edición de la Farmacopea Augustana se publicó en 1564, bajo el título de *Enchiridion, sive ut vulgo vocant dispensatorium, compositorium medicamentorum, pro Reipu. Augustburgensis Pharmacopoeis*. La edición en la que aparecen por vez primera medicamentos químicos está fechada en 1613, con numerosas reediciones y apéndices publicados a lo largo de todo el siglo XVII, entre los que destacan los realizados por Johann Zwelfer en 1653 (*Pharmacopoeia Augustana reformata, et eius Mantissa*, Goudae, Wilhelmi Verhoeven), en 1661 (*Animadversiones in Pharmacopoeiam Augustanam et annexam ejus Mantissam sive Pharmacopoeia Augustana reformata*, Noribergae, Michaleis & Johan Friderici Endterorum) y en 1698 (*Appendix ad animadversiones in pharmacopoeiam Augustam*, Goudae, Gulielmi vander Hoeve). En cuanto a la *Regia*, fue publicada por Zwelfer en 1668 bajo el título de *Pharmacopoeia regia seu Dispensatorium novum locupletatum et absolutum: annexa etiam Mantissa Spagyrica... bini Discursus Apologetici* (Noribergae, Michaleis & Johan Friderici Endterorum).

<sup>80</sup> *Dell'elixir vitae libri quattro*, Napoli, per Secondino Roncagliolo, 1624. Quince años después se publicó bajo el título de *Antidotario di fra Donato d'Eremita dell'ordine de Predicatori. Nel quale si discorse intorno all'osservanza che deve tenere lo spetiale nell'elegere, preparare, componere & conservare i medicamenti semplici & composti. Diviso in libri tre. A quali si è aggiunto il quarto libro intitolato: L'arte distillatoria*, Napoli, Secondino Roncagliolo, 1639. Sobre este fraile boticario y su obra, consultar ANDREA, R. (1974), "Fra Donato d'Eremita da Roccavedandro, a Dominican druggist and his elixir vitae", *Med Secoli*, 11(1), pp. 111-128.

preciosas y las hierbas, comenzarán a aparecer medicinas tan extraordinarias como *pulvis imperialis*, *domina medicinarum* o *manus Dei*, todos ellos elaborados por procedimientos alquímicos y que poblarán las páginas de los cientos de tratados médicos producidos en diversas áreas geográficas y dedicados a la temática de la peste<sup>81</sup>. Uno de los más famosos fue *Il consiglio di m. Marsilio Ficino fiorentino contro la pestilentia*<sup>82</sup>, publicado por vez primera en 1522 y objeto de numerosas reediciones a lo largo de todo el siglo XVI, en las que se fueron incorporando otros tratados de eminentes médicos medievales que habían disertado sobre la misma materia<sup>83</sup>. Se trataba de opúsculos que eran impresos en cuanto se atisbaba el menor síntoma de la epidemia. Así ocurrió en Pamplona en 1598, fecha en la que aparece una versión española de esta obra<sup>84</sup>, publicada a instancias de Martín Gómez, escribano real y vecino de la ciudad de Pamplona. A raíz de la epidemia de peste que asolaba toda la provincia de Guipúzcoa Gómez hizo relación al rey de que tenía

*"un libro intitulado consejos y avisos muy necessarios y provechosos contra la pestilencia, compuesto por Marsilio Ficino Florentino, philosopho y médico, que era muy provechoso"*

<sup>81</sup> Se trata de la llamada *Pestschriften Literature*, según aparece en C. CRISCIANI y M. PEREIRA (1998), "Black Death and Golden Remedies: Some Remarks on Alchemy and the Plague", in: A. PARAVICINI & F. SANTI (eds.), *The Regulation of Evil. Social and Cultural Attitudes to Epidemics in the Late Middle Ages*, Turnhout, Brepols Publishers, pp. 7-39 (una buena reseña bibliográfica sobre este tipo de literatura en nota 4, pp. 8-9).

<sup>82</sup> *Il consiglio di m. Marsilio Ficino fiorentino contro la pestilentia con altre cose aggiunte appropriate alla medesima malattia* (Firenze, heredi di Filippo di Giunta, 1552).

<sup>83</sup> Así, en 1523 se publica *Contro alla peste. Il consiglio di messer Marsilio Ficino. Il consiglio di maestro Tommaso del Garbo. Una ricetta duna polvere composta da maestro Mingo da Faenza. Una ricetta fatta nello studio di Bologna et molte altri remedii...* (Firenze, heredi di Filippo di Giunta) mientras que en 1577 el literato florentino Silvano Razzi (1527-1613) publicó *Modo di conservarsi sano, per regola di vita, non solo quando è la peste, ma in tittu gl'altri tempi. Tratto da Marsilio Ficino, Tommaso del garbo, Manardo da Ferrara, Lino da Correggio et altri... medici. Con alcuni avventimenti in principio d'intorno alla medesima materia* (Firenze, appresso Bartolomeo Sermartelli)

<sup>84</sup> *Libro compuesto por el famoso y singular philosopho y gran médico Marsilio Ficino florentino: en el qual se contienen grandes avisos y secretos maravillosos, assi de medicina, como de cirugía, para curar y preservarse los hombres de pestilencia con otros muchos tratados muy necessarios de diversos autores experimentados en esta enfermedad*, Pamplona, por Mathías Mares, a costa de Martín Gómez, 1598. El ejemplar utilizado para el presente estudio es el conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura R/26692. Tengo constancia de la existencia de edición anterior, que no he consultado, impresa en Zaragoza en 1564: *Libro compuesto por Marsilio Ficino, en el qual conbienen grandes avisos y secretos maravillosos, assí de medicina como de cirugía, para preservarse los hombres de pestilencia, con otros muchos tractados muy necessarios de diversos auctores esperimentados en esta enfermedad*, Zaragoza, en casa de Pedro Bernuz, a costa de Francisco Curteti.

La obra consta de una serie de escritos, igual que las ediciones italianas originales<sup>85</sup>, aunque parece ser que Martín Gómez incorpora algunos escritos que no estaban presentes en ellas, como un tratado anónimo de un médico valenciano<sup>86</sup>, una receta singular<sup>87</sup>, la forma de hacer aceite de escorpiones<sup>88</sup> y una remedio espiritual en forma de oración a San Sebastián<sup>89</sup>. Remedios tradicionales, espirituales y alquímicos se dan cita en esta obra, como ya venía siendo habitual. El elaborado por prácticas alquímicas era la llamada *receta singular*, que decía así

*"Tómese la quarta parte de un cántaro de orina de muchacho sano con un manajo de salvia. Destílese todo por alambique común; de esta agua sacada y puesta en una redoma tomaréis media onza, poco más o menos, y deshecha en ella un poco de triaca fino, la daréis a beber luego como una se sintiese herido de este mal. Cuatro veces al día, de tres en tres horas. Y desde que estuviere sano tomará dicha cantidad en ayunas una vez al día. Es notable remedio, seguro y experimentado"*<sup>90</sup>

### VIII. Tema VII.

Si bien la corte y su entorno fue el principal escenario de las prácticas *chymicas* conocidas en la España Moderna no todos los practicantes obtuvieron su prestigio como procuradores de salud a través del ejercicio de su arte en calles y plazas madrileñas. Un apunte de cartografía *chymica* nos llevaría a reconocer la importancia que tuvieron otras ciudades españolas como emisoras de conocimientos y doctrinas directamente relacionadas con el arte de preparar medicamentos por medios químicos. Tal es el caso de Burgos, donde trabajaron los benedictinos Villa y Núñez haciendo de su botica uno de los centros de referencia durante casi todo el siglo XVII; Zaragoza y Valencia, donde se publicaron buena parte de los libros de secretos impresos en la península; Sevilla,

<sup>85</sup> Entre los textos comunes a las ediciones italianas se encuentran los libros de Marsilio Ficino (*Consejos y avisos muy necesarios y provechosos contra la pestilencia, compuestos por Marsilio Ficino Florentino, philosopho grande y médico singular*), Tommaso del Garbo (*Consejos del Doctor del Garbo, contra la pestilencia*), Velasco de Taranta (*Tratado de la peste del maestro Velasco de Taranta, prothomedico excelentissimo del Rey de Francia*) y Giovanni Manardi (*Contra la peste de Manardo, doctissimo médicos, en sus Epístolas*).

<sup>86</sup> *Mas un tratado de las experiencias que un médico doctissimo hizo en Valencia el año de la peste última, muy provechoso y verdadero.*

<sup>87</sup> *Más una recepta contra la misma enfermedad muy probada.*

<sup>88</sup> *Item como se han de hazer y preparar los azeytes de los escorpiones.*

<sup>89</sup> *Lo postrero de todo se pone un singular remedio espiritual, que es la oración y patrocinio del bienaventurado y glorioso martyr Sant Sebastian.*

<sup>90</sup> FICINO (1564), p. 107.

donde surgió la Veneranda Tertulia Hispalense, origen de la futura Regia Sociedad de Medicina y otras Ciencias, cuyos estatutos fundacionales son de marcado carácter espagárigo; o Navarra, patria de nuestro siguiente protagonista, el químico, apotecario y médico Matías de Beinza.

Natural de Puente de la Reina, Beinza había sido aprobado como apotecario y médico por los protomédicos y examinadores de los reinos de Navarra y Castilla. Examinador de médicos, boticarios y cirujanos, además de visitador de boticas, ejerció como médico de las fábricas de la Real Armería de Tolosa, con título y merced real, así como médico de la Compañía de Caballos del Duque de Alba, Condestable de Navarra<sup>91</sup>. Siendo muy joven decidió trasladarse a la corte madrileña para formarse como boticario. Durante dos años y medio residió en El Escorial, en cuya botica aprendió arte química con el entonces fraile boticario, fray Fermín de San Jerónimo, *"insigne en su profesión y admirable en los químicos"*<sup>92</sup>. Los dos años siguientes los pasó en Madrid, en la botica del Hospital Real de Corte, donde estudió con el boticario titular de la misma, Diego Carrillo. Una vez superado su periodo formativo se examinó ante el Tribunal del Protomedicato de Madrid, el 9 de noviembre de 1640, examen que repetiría ocho años después en Pamplona, ante el Colegio y Cofradía de San Cosme y San Damián, para que su título fuera válido en el reino de Navarra. Deseoso de completar al máximo su formación, estudió medicina, si bien se desconoce en que universidad o colegio, recibiendo la aprobación para el ejercicio médico primero en Pamplona (1656) y luego en Madrid (1660). Además de boticario y médico, Beinza era un experto herbolario, tal y como manifiesta el médico Juan Francisco Larrimpe, firmante de una de las aprobaciones que acompaña al único escrito de navarro:

*"hallo (el libro aprobado) ser propio parto de su suma vivez, memoria, agudo ingenio y aplicación a los estudios de que siempre ha dado muestras, especialmente al conocimiento de los simples como de compuestos usuales y químicos con propensión natural que se le ha conocido de examinar las plantas de las cumbres y montañas más*

---

<sup>91</sup> Todos los datos biográficos de Beinza aparecen en su única obra impresa conocida, el *Discurso sobre los polvos universales purgantes* (Bayona, Antonio Fauvet, 1680). He consultado la edición conservada en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, signatura BH MED 3574. Existe otro ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, si bien está incompleto.

<sup>92</sup> BEINZA (1680), I, p. 60.

*eminentes registrando las más de Castilla, Navarra, Vizcaya, y las abundantes de la Provincia de Guipúzcoa, la célebre Cantabria y Pirineos*<sup>93</sup>

Pero la verdadera pasión de Beinza era la práctica *chymica*, tal y como queda de manifiesto en su *Discurso sobre los polvos universales purgantes*, dedicado a ensalzar las muchas virtudes y beneficios de un medicamento por él ideado, los llamados *polvos de la quinta esencia del sol químico*. Formado por catorce aprobaciones y cuatro secciones<sup>94</sup>, el *Discurso* aparece como colofón a la exitosa carrera *chymica* de su autor, que había logrado el reconocimiento de religiosos<sup>95</sup>, instituciones sanitarias<sup>96</sup>, médicos locales<sup>97</sup> y galenos reales<sup>98</sup>.

Bajo el sonoro nombre de polvos de la quinta esencia del sol químico se escondía un medicamento elaborado por procedimientos *chymicos* y cuya apariencia era de color

<sup>93</sup> Los profundos conocimientos herbolarios de Beinza son corroborados en la aprobación del médico Félix de Berrotarán, galeno de la villa de Rentería, quien confirma que la obra de Beinza no es sino testimonio de los muchos y acreditados estudios del autor en el conocimiento de las plantas y en la práctica de la química.

<sup>94</sup> Las cuatro secciones o discursos en que se divide la obra de Beinza llevan título y paginación independiente: *Discurso de los universales polvos purgantes, de la quinta esencia de el sol chimico con los cuales sin sangrías se pueden curar todas las enfermedades que se tienen por curables; Se adiverte, que aunque dichos polvos sean de las propiedades referidas, y otras que no se expresan, no se han de administrar a los enfermos, si no es con consejo y asistencia de médico, el qual ha de ordenar y disponer de ellos según la ocasión (...)* Y porque algunos tienen aversión a la *Arte Química*, me ha parecido coronar el *Discurso con lo que se sigue; Discurso tercero, en que se demuestra qual se ha de sangrar, y qual purgar, con señales claras y manifiestas; Epílogo del discurso, hecho sobre las virtudes, propiedades y aplicación de los polvos de la quinta esencia del sol químico*.

<sup>95</sup> Son tres las aprobaciones religiosas destinadas a certificar que la obra no contenía nada contra la fe católica. La primera es de fray Miguel de Santo Domingo, ministro provincial de los capuchinos de Navarra y Cantabria, además de calificador del Santo Oficio, que basa su aprobación en las muchas experiencias positivas del medicamento: "*estando esta materia tan calificada con tantas experiencias y acreditada con tantos testigos abonados está fuera de toda controversia*". En la misma línea se sitúan las otras dos licencias, firmadas por el obispo de Pamplona, fray Pedro Roche, y su secretario, Ildefonso de Bayona, quien precisa añadir su censura ante los sólidos del discurso y el gran trabajo realizado por Beinza en beneficio de la salud pública.

<sup>96</sup> Se trata del Colegio y Cofradía de San Cosme y San Damián, institución encargada de velar por la correcta práctica sanitaria en el Reino de Navarra, quien manifiesta su satisfacción por "*tener en un hijo suyo un Colón que haya descubierto a fuerza de desvelos el antídoto universal de la salud humana*".

<sup>97</sup> Son ocho aprobaciones, realizadas por otros tantos médicos vascos y navarros que han utilizado el medicamento de Beinza y pueden certificar, por experiencia propia, la bondad del mismo.

<sup>98</sup> La publicación de la obra de Beinza coincide con la estancia en Irún de la comitiva española encargada de recoger a la princesa francesa María Luisa de Orléans, futura reina de España tras su matrimonio con Carlos II. La etiqueta de palacio organizó su casa, como correspondía a toda reina española, en la que se encontraban los médicos que iban a velar por su salud y la de sus criados. En esta circunstancia verá Beinza una forma de promocionar su escrito, presentándolo a los tres médicos reales que conforman el elenco: Juan Gómez de Tejada, Cristóbal de Contreras y Lucas Correa. Especialmente interesante es la aprobación de Gómez de Tejada, que había sido médico del conde de Peñaranda, virrey de Nápoles, y que se mostró muy interesado en la temática del escrito de Beinza, procediendo a leerlo para ver si los polvos purgantes correspondían con otros que él había experimentado en Italia y Madrid: "*Hallé corresponder con ellos en el color, modo de sustancia, cantidad y efectos y entonces me maravillé más juzgando que sólo Italia era la madre de semejantes efectos*", testimonio que viene a confirmar, una vez más, la visión que se tenía en la época de una Italia creadora de esta terapéutica secretista.

blanco, inodoro e insípido. Se desconoce su composición exacta, que no aparece en el escrito de Beinza, si bien su intención era revelarlo en algún momento<sup>99</sup>. Mientras tanto, el navarro actuaba como fabricante y distribuidor de su invención, utilizando la obra escrita como medio publicitario:

*"los hallará en mi casa en la Universidad de Yrun Yranzu, donde asisto por médico. Su precio es dos reales de plata, que como he dicho no es mi intento enriquecer con las miserias ajenas. Por el correo pedirá el que gustare de ellos. Irán firmados y sellados por mi mano; no estando así no son míos. El que gustare del libro lo hallará también en mi poder, firmado de mi mano"*<sup>100</sup>

En cuanto a la forma de administración, Beinza dedica el último de sus discursos a este tema, indicando las dosis pertinentes<sup>101</sup>, el precio de las mismas<sup>102</sup> y el modo de tomarlos<sup>103</sup>, que se asemejaba mucho al que ya se ha descrito para los polvos de Quintilio. Los polvos contenidos en un papelito se debían disolver en vino blanco, dentro de un vaso de vidrio de boca ancha y suelo estrecho. La mezcla debía reposar toda una noche, al cabo de la cual se decantaba el vino con cuidado de dejar, en el fondo del vaso, los polvos no diluidos, que podían utilizarse otras siete veces. El vino decantado que se daba a beber al enfermo en ayunas producía un efecto casi inmediato, ayudando a evacuar los humores corruptos, según la teoría galénica de la enfermedad.

Aunque Beinza no reveló el secreto de su invención, los médicos que se encargaron de recetarlos elaboraron sus propias teorías al respecto. Así, Ventura de Barreda, médico de San Sebastián que los utilizó de manera habitual durante los cuatro años que ejerció como galeno en el Hospital General de Madrid, asimila su composición a los *polvos de Cornachino*, fármaco antimonial que debe su nombre a Marco Cornacchini, catedrático de medicina en la universidad de Pisa. La fama de Cornacchini se debe a la publicación

<sup>99</sup> *"esta medicina irregular entre todas, de la cual se dará a su tiempo la receta"*. BEINZA (1680), I, p. 42.

<sup>100</sup> BEINZA (1680), I, p. 56.

<sup>101</sup> *"Su cantidad peso de siete granos de trigo y esta es suficiente para purgar siete enfermos diferentes, poniéndolos en infusiones distintas, por siete veces, obrando la última vez con la eficacia que la primera"*. BEINZA (1680), I, p. 41.

<sup>102</sup> *"Cuesta la cantidad suficiente a purgar siete enfermos sólo dos reales de plata, que no es mi intento enriquecer con las miserias ajenas, sino descubrir a los mortales, entre las maravillosas obras de la Divina mano, esta medicina irregular entre todas, de la cual se dará a su tiempo la receta"*. BEINZA (1680), I, p. 42. Vuelve a salir, como en el caso de Quintilio, el carácter providencial del medicamento y la labor asistencial que se otorga a sí mismo el descubridor de tan prodigiosa panacea.

<sup>103</sup> BEINZA (1680), I, pp. 45-48.

del libro *Methodus qua omnes humani corporis affectiones ab humoribus copia, vel qualitate peccantibus genitae, tuto, cito et iucunde curantur* (Florentiae, 1619) donde divulgaba el uso de un medicamento *chymico* conocido como polvos del conde de Warwick, en honor de su verdadero descubridor, sir Robert Dudley, aventurero y viajero inglés afincado en Florencia. Dudley dio la receta a Cornacchini en torno a 1615 y, tras numerosos experimentos, el galeno italiano se convenció de su aplicación a un amplio espectro de enfermedades, entre las que destacaron las tercianas y las congestiones intestinales. Los polvos de Cornachino se componían de antimonio diaforético, resina de escamonea y cremor tártaro, siendo incluidos desde su difusión entre los medicamentos antimoniales perseguidos por los galenistas<sup>104</sup>.

Igual que se observó para los polvos de Quintilio, la sombra del antimonio cubrió al medicamento ideado por Beinza. Ahora bien, son muchas las características comunes que existen entre ambas panaceas, ¿podría tratarse de la misma sustancia? No hay que olvidar que Beinza pasó casi una década, la de los años treinta del XVII, en Madrid trabajando en centros cercanos a la corona y directamente vinculados a personajes que habían conocido a Quintilio y el secreto de su medicina milagrosa. ¿Pudo Beinza hacerse con el secreto y difundirlo años después bajo otra denominación? Bien pudo ser así. De cualquier forma, más allá de las similitudes en composición y modo de administración, lo verdaderamente trascendente de la obra de Beinza reside en la cobertura teórica que pretende dar a su invención. Ya no se trata, tan sólo, de un comerciante que quiere beneficiarse con las ventas de su secreto milagroso. Beinza es un artífice a medio camino entre el universitario y el artesano, que ve en la *chymica* la forma de alcanzar un status cultural inaccesible desde cualquier otra postura. Es un artesano porque no revela el secreto último de su arte y, aunque ofrece partes destacadas del proceso de elaboración, nunca lo confiesa en su totalidad. Pero, a la vez, es un estudioso de la filosofía natural, que busca su lugar en la república de las letras a través

---

<sup>104</sup> La insistencia de Cornacchini en la eficacia del medicamento que habría de llevar su nombre le envolvió en una feroz polémica con algunos colegas del colegio pisano, entre otros, Domenico Vigna, Rodrigo de Fonseca y Thomas Dempster; y con médicos florentinos como Giovanni Nardi, que dedicó un capítulo de su *Noctes Geniales* (Bologna, J. B. Ferronius, 1655) a la confrontación de la teoría de Cornacchini. Pese a las numerosas dudas suscitadas, la obra del médico pisano tuvo dos ediciones en el año 1619, una tercera en Florencia en 1620, otra en Frankfurt en 1628 y dos en Ginebra (1635 y 1682), siendo incluida en forma de apéndice en J. HARTMANN (1682), *Praxis chymiatrica*, Genevae, pp. 225-329. Los polvos de Cornachino consiguieron una gran difusión en toda Europa y se emplearon durante siglos, siendo todavía habituales en las farmacopeas del siglo XIX. COMPARATO, I. (1983), "Cornacchini, Marco", en: *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 29, pp. 104-105.

de la publicación de su invención<sup>105</sup>. Un filósofo según la definición proporcionada por Juan Bautista Juanini, médico personal de Juan José de Austria:

*"He reparado en las Juntas que se suelen hacer en esta corte [Madrid] sobre los casos de mi profesión, que hablando de esta materia suponen sea Química, la cual no está muy bien recibida, por causa de muchos pseudoquímicos (o por otro nombre embusteros) los cuales con sus desaciertos han desacreditado aquella profesión; la cual, unida a la Galénica y profesada de hombres doctos, es la verdadera medicina, con la cual se hacen curas, que ni la una ni la otra por si sola las pueden conseguir. Los autores que hablan de la materia, de la cual pretendemos hablar nosotros, no se llaman Químicos, aunque se valen de las manipulaciones químicas para indagar mejor los secretos de la naturaleza, y lo que intrínsecamente ella tiene, por lo cual se mueve, forma, perfecciona y destruye el todo. Estos pues se llaman Philosophos Naturalistas y así he querido advertirlo, para que sepan la diferencia de los Profesores cuando lean sus obras o que oigan hablar de las materias referidas"*<sup>106</sup>

Beinza desarrolla su labor en un momento en el que la química está buscando su identidad como disciplina, necesitada tanto de un espacio específico como de una construcción histórica. Frente a alquimistas tradicionales y paracelsistas, Beinza siente que está practicando otra disciplina, basada en la experimentación continua de laboratorio y que ayuda a preparar medicamentos más puros y eficaces:

*"Por Arte Chimica no se ha de entender la espagírica paracélsica, reprobada por perniciosa, ni tampoco hablo de la transmutatoria de metales"*<sup>107</sup>

No será el único que siente estar transitando una nueva vía de estudio de la naturaleza, buscando en la química su principal herramienta. Se trata de una idea propia

---

<sup>105</sup> Una interesante aproximación a este tipo de personajes, *practitioners* para la bibliografía anglosajona, se encuentra en SMITH, P. (2000), "Vital Spirits: Redemption, Artisanry, and the New Philosophy in Early Modern Europe", in: M. OSLER (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 119-135; tema que ha ampliado en su más reciente estudio *The Body of the Artisan. Art and Experience in the Scientific Revolution*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.

<sup>106</sup> JUANINI, J. B. (1685), *Nueva idea phisica natural demonstrativa; origen de las materias que mueven las cosas. Compuestas de la porción más pura de los elementos, fraguadas en el caos, purificadas y pasadas de potencia a acto en los tres primeros días de la creación del mundo*, Zaragoza, s.i. (prólogo al lector).

<sup>107</sup> BEINZA (1680), II, pp. 5-6.

de la segunda mitad del siglo XVII, adoptada por personajes como Johann Joachim Becher, para quien la química es una ciencia que requiere teoría y praxis<sup>108</sup>, Johan Rudolph Glauber, que consideraba la química como un arte experimental extremadamente útil capaz de resolver una amplia gama de problemas<sup>109</sup>, y Olaus Borrichius, prolífico autor que defiende la necesidad de una aproximación científica y la existencia de un contexto intelectual como requisitos imprescindibles para cultivar el noble arte de la química<sup>110</sup>.

La labor de Beinza coincide cronológicamente con la aparición de otros inventores de remedios *chymicos* secretos a lo largo y ancho de la geografía española que manifestarán las mismas intenciones que el navarro, y entre los que sobresalen las figuras de Luis de Alderete y Soto y fray Buenaventura Angeleres. Alderete, regidor perpetuo de la ciudad de Málaga y procurador de sus pleitos en los Reales Consejos madrileños, es el creador de un medicamento secreto que, bajo la denominación de *agua de la vida*, gozó de una extraordinaria fama en las dos últimas décadas del siglo XVII. Objeto de todo tipo de acusaciones y persecuciones por parte de los más férreos defensores del galenismo, lo cierto es que Alderete logró colocar su medicamento entre los preferidos de Carlos II y su corte. Defensores y detractores de este remedio se enfrascaron en arduas polémicas que duraron más de una década, mientras el agua de la vida seguía registrando toda suerte de éxitos terapéuticos y engrosaba las arcas de su satisfecho inventor<sup>111</sup>. En cuanto a Angeleres, franciscano siciliano que llegó a España

<sup>108</sup> Así lo manifiesta en sus *Institutiones chimicae prodromae I. E. Oedipus Chemicus obscuriorum terminorum et principiorum chemicorum mysteria aperiens et resolvens* (Frankfurt, 1664) donde defiende que el saber hermético contiene tres partes: espagiria, que enseña cómo separar y dividir los cuerpos; química, que enseña a preparar extractos y zumos, siendo su campo el reino animal y vegetal; y alquimia, dedicada a la transmutación de los metales y la preparación del elixir.

<sup>109</sup> Inventor de los famosos nuevos hornos filosóficos creó en Amsterdam el más destacado laboratorio químico de toda Europa, donde preparó numerosas medicinas químicas que le enriquecieron tanto experimental como económicamente.

<sup>110</sup> En 1668 publicó *De ortu et progressu chemiae dissertatio* (Hafniae, typis M. Godicchenii), producto de una ideología basada en la tradición hermética y que mantiene la supremacía del Antiguo Egipto en la historia del conocimiento humano, siendo en esa lejana civilización donde habría nacido la química, conocimiento divino emanado de Dios y que, desde allí, pasó a Grecia, al mundo latino, a los árabes y a las naciones europeas. Esta ideología será nuevamente manifestada en su *Hermetis, aegyptiorum et chemicorum sapientia ab hermanni conrinerii animadversionibus vindicata* (Copenhagen, 1674). La importancia de Borrichius radica en las dos proclamas fundamentales que hace a través de sus escritos: la química es un arte eminentemente experimental que debe ser sostenido y cultivado en instituciones académicas; además, es antigua y divina en su origen, de ahí su relevancia científica, que debe buscarse en sus orígenes arcaicos. Una interesante aproximación a la ideología de este médico danés se encuentra en ABBRI, F. (2000), "Alchemy and Chemistry: Chemical Discourses in the Seventeenth Century", *Early Science and Medicine*, 5(2), pp. 214-226.

<sup>111</sup> Los numerosos escritos producidos por Alderete pueden consultarse en la edición que de los mismos hizo J. M. VALLES (1979), *Papeles sobre el agua de la vida y el fin del mundo*, Madrid, Ed. Nacional. La polémica en torno al agua de vida se estudia en M. LÓPEZ PÉREZ y M. REY BUENO

con el título de comisario general de los conventuales menores, propuso la creación de una *Academia Espagírica Madrileña*, lugar donde se enseñase la nueva filosofía química y la preparación de unos remedios de su creación, que respondían al nombre de *arcanos sanativos*<sup>112</sup>. Fuertemente influenciado por Robert Boyle, en concreto, por la visión que tenía el inglés del papel que la nueva filosofía ejercía en los aspectos terapéuticos de la medicina<sup>113</sup>, Angeleres removi6 las conciencias médicas contemporáneas, a favor y en contra de su ideología, dando lugar a una nueva polémica que, centrada en el uso de remedios *chymicos*, alteró la práctica médica realizada en los alrededores del poder<sup>114</sup>. Resultado último de este enfrentamiento fue la creación del *Real Laboratorio Químico*, auspiciado por la corona y destinado a la enseñanza y preparación de medicamentos químicos, si bien bajo otras coordenadas diferentes a las planteadas por Angeleres para su *Academia*<sup>115</sup>.

La cercanía de Alderete y Angeleres al poder real hizo que sus propuestas fueran objeto de polémica, creando un clima propicio para la aparición de nuevos personajes, médicos titulados universitarios, dispuestos a arrimar el ascua a su sardina. Aprovechando la ausencia de titulación oficial que caracterizaba a los nuevos artífices *chymicos*, se erigieron como defensores legítimos de las prácticas por ellos realizadas, vociferando el atraso de la ciencia española y la ausencia peninsular de conocimientos químicos que ya circulaban de forma habitual en el resto de Europa. Por supuesto, ellos eran los más indicados para realizar la necesaria puesta al día, de ahí que no dudaran en producir obras y más obras en las que defender su postura e intentar lograr, cuando menos, una parte del succulento pastel que suponía obtener el mecenazgo regio. Estos personajes, conocidos por la historiografía española con el sobrenombre de *novatores*, dijeron ser los verdaderos introductores de la ciencia moderna en España y la historiografía les creyó. Ahora bien, ¿era necesario introducir alguna supuesta

---

(2001), "La instrumentalización de la espagiria en el proceso de renovación: las polémicas sobre medicamentos químicos", en: *Los hijos de Hermes. Alquimia y espagiria en la terapéutica española moderna*, Madrid, Ed. Corona Borealis, pp. 279-346 (pp. 287-302).

<sup>112</sup> REY BUENO (2002), pp. 209-224.

<sup>113</sup> La obra donde Boyle manifiesta la importancia de la nueva filosofía en la terapéutica es *Some Considerations Touching the Usefulness of Experimental Naturall Philosophy, Propos'd in Familiar Discourses to a Friend, by way of Invitation to the Study of it* (Oxford, 1663), donde expone un discurso interpretativo de la influencia que tiene la experimentación en cada una de las cinco partes que componían la física. Ideas todas ellas que serán recogidas, años después, en el principal escrito de Angeleres sobre esta materia: *Real filosofía, vida de la salud temporal, sabiduría sophica, testamento filomédico, arcanos filochimicos, hipocrática, galénica, lilibetánica: parte segunda de la parte primera del Regimiento general, prudente, físico y moral...*, Madrid, Mariana del Valle, 1692.

<sup>114</sup> LÓPEZ PÉREZ & REY BUENO (2001), pp. 312-318.

<sup>115</sup> REY BUENO (2002), pp. 237-253.

modernidad en las prácticas *chymicas* peninsulares? El panorama expuesto en páginas precedentes parece indicar que no. Los artífices peninsulares conocían las prácticas realizadas por otros colegas suyos europeos; la bibliografía específica circulaba de forma habitual entre ellos, a pesar de las prohibiciones inquisitoriales. ¿Cuál era, entonces, el problema? Mi teoría al respecto es clara: estamos ante el nacimiento de una nueva disciplina, que necesita un nuevo espacio para desarrollarse pero, a la vez, abre nuevas expectativas de trabajo y promoción social. De ahí que estos nuevos filósofos naturales, sin estudios académicos en su gran mayoría pero grandes experimentadores de la materia, fuesen objeto de persecución tanto por los galenistas aferrados a sus convicciones seculares, depositarios de cátedras universitarias y todo tipo de mercedes, como por los médicos más renovadores, jóvenes en su mayoría que buscaban su propia vía de acceso al poder y se consideraban superiores, por su titulación, a aquellos que tan sólo podían presumir de ser boticarios, en el mejor de los casos.

#### IX. *Final.*

Termino aquí este breve repaso por la difusión de prácticas *chymicas* asociadas a la elaboración de medicamentos. Quedan muchos aspectos por tratar, que excederían al espacio que me ha sido asignado en este volumen colectivo, si bien considero que la perspectiva ofrecida ofrece, al menos, un buen punto de partida para todos aquellos que quieran aproximarse a este terreno poco transitado de la ciencia española durante la Edad Moderna. Hace ahora seis años que presenté los resultados de mi tesis doctoral, centrados en el estudio de la alquimia, destilación y espagiria practicada en la corte de los Austrias españoles. Entonces pensaba, sugestionada por la literatura secundaria que había enmarcado mi ámbito de estudio, que la *chymica* cortesana española era simplemente eso, una extravagancia más de unos monarcas que, poderosos dueños de la mitad del mundo, se habían caracterizado por ser apasionados coleccionistas de secretos y maravillas. En el momento actual considero que la *chymica* cortesana es tan sólo una muestra más del interés que la sociedad española de la Edad Moderna manifestó por esta nueva filosofía emergente, manifestada en la publicación de textos específicos, en la importación de conocimientos y, lo que es más importante, en la experimentación diaria ante hornos y alambiques.

